

Ensayos

Setiembre 1937

15



Montevideo

Ensayos

REDACTOR RESPONSABLE:

EUGENIO PETIT MUÑOZ-GAETAN 1005 (PRADO)

IMPRESIÓN:

TIPOGRAFÍA "ATLANTIDA" - ZABALA 1376

INDICE DEL NUMERO XV

	Págs.
<i>Gustavo Gallinal: Últimas transformaciones de la legislación del trabajo en Francia</i>	177
<i>Carlos Vaz Ferreira (hijo): Ensayo de una nueva clasificación de las ciencias</i>	215
<i>Eugenio Petit Muñoz: Notas de un curso de seminario</i>	235

NOTAS:

<i>J. M. Podestá: El salón independiente del Ateneo</i>	247
<i>Redacción de "L'Ordre Nouveau": Compendio orden nuevo</i>	251
<i>Celia Mieres: Sinfonía del Río Uruguay, por Carlos Sabat Ercasty</i>	269

Signo por: L. Castellanos Balparda

Setiembre 1937

Ensayos

Año II - No. 15

ULTIMAS TRANSFORMACIONES DE LA LEGISLACION DEL TRABAJO EN FRANCIA

(Leído en el Centro de Estudiantes de Derecho en 1937)

I

La legislación del trabajo surgió profundamente renovada del seno de las catástrofes que devastaron la economía de los grandes países industriales en el curso de este siglo. Para alimentar la insaciable hoguera de la guerra "totalitaria" de 1914-1918 los pueblos debieron disponerse a inmolar todas sus riquezas económicas, espirituales y humanas. Fué necesario apretar en haz macizo fuerzas, partidos, clases discordantes, sofocar disidencias, prevenir defecciones, satisfacer las demandas del proletariado en la hora del sangriento sacrificio, sembrar promesas para el porvenir. Nació así una legislación de guerra que ha marcado en buena parte las orientaciones del movimiento jurídico posterior. La organización de Ginebra coronó estas creaciones y quedó, centro al que convergen los ecos de las inquietudes mundiales, desde el que se difunden las experiencias más lejanas y diversas, acopiándose materiales antes nunca reunidos y unificándose esfuerzos y aspiraciones. La paz, sin justicia social, no es, ni dentro de las fronteras nacionales, ni en el orden internacional, más que un bien precario, amenazado por los desbordes de la fuerza. Durante la guerra se plantearon con vital urgencia los problemas de organización

económica, de ajuste y coordinación de las fuerzas productoras. La guerra con medios ilimitados, la guerra hiperbólica y de desgaste que definió en "El Fin de las Aventuras" Guillermo Ferrero, es un Moloch en cuyas fauces y en cuyo incolmable vientre se sepulta el patrimonio completo de una civilización. En ella tiene su origen, su origen inmediato, la política económica que conocemos con las palabras economía dirigida, coordinación económica, planificación; disciplinas impuestas desde lo alto, indispensables para que los países soportaran cuatro años de sobrehumana tensión sin desplomarse en el caos. La guerra es además —la frase es de Ferrero— una fuerza revolucionaria que rompe las cristalizaciones del orden establecido.

Las crisis de post-guerra, con sus cortejos de miserias, sus catástrofes financieras, sus crack bancarios, sus legiones de hombres sin trabajo tan numerosos como los ejércitos beligerantes, sus convulsiones sociales, han precipitado las transformaciones jurídicas que se esbozaban e impuesto muchas veces con carácter permanente las soluciones de emergencia creadas durante el estado de guerra. La destrucción de riquezas causada por la sola crisis de 1930-34 iguala, según cálculo de Woytinsky (1) al costo de las pérdidas causadas por la gran guerra. De esta masacre económica han surgido las transformaciones más audaces de los años últimos en la legislación protectora del trabajo; fué necesario que la oleada de la crisis amenazara con hacer naufragar la economía del país de los altos salarios, baluarte del capitalismo de apariencia incommovible, que los desocupados reboasaran de la cifra de quince millones, que una desvalorización pavorosa afectara a sus productos de la economía urbana y rural, para que se allanara el camino para las experiencias de Roosevelt, para la revolución Roosevelt, como la califica Georges Boris. El problema, como durante la guerra, no es sólo de tutela de las clases económicamente peor dotadas,

(1) León Jouhaux. La C. G. T. Ce qu'elle est: ce qu'elle veut. Pág. 111.

sino de organización íntegra de la producción. Sin fortificar, sin sanear su sistema económico ningún país podría afrontar tampoco la tormenta de una crisis que hizo crujir la subestructura de la civilización occidental.

La legislación del trabajo que creó el siglo XIX tuvo carácter protector, defensivo. La frase de Lacordaire, siempre recordada, lo pone en relieve: entre el fuerte y el débil la libertad oprime; la ley debe ser la que liberte. En el régimen individualista creado por la revolución, la ley fué el primer escudo interpuesto no sin recias batallas doctrinarias, para proteger al niño, a la mujer, por fin al obrero adulto. Proclamóse y llegó a imponerse, entre el desenfreno del capitalismo que regaba con sangre y lágrimas cada una de sus formidables etapas de progreso, el deber de amparar a las víctimas de la libre concurrencia y de la lucha por la vida. Deber a cargo del Estado, único poder fuerte, única organización estable capaz de acometer esa tarea libertadora. Lo que hoy parece delinearse ante nuestros ojos en el cambiante panorama social, entre tantos ensayos y tanteos, diversos pero que inician la convergencia hacia la misma meta; lo que se vislumbra al través de experiencias múltiples y apasionantes —industrialización nacionalizada, economía dirigida, planes quinquenales, sindicalismo, corporativismo, leyes de reconstrucción nacional y códigos de concurrencia leal— obedece a un pensamiento más vasto que el de una simple legislación protectora. En esa transformación social que se gesta no será el Estado el único a quien incumba la tutelar misión. Hoy se forjan en los arsenales sociales otras armas de liberación que no son la ley del Estado. Todo el derecho no está en la ley. Sus fuentes son varias: la costumbre, la jurisprudencia, el estatuto profesional. En un ámbito más amplio, el estatuto internacional, aunque siempre recaiga sobre el Estado la tarea última de árbitro y ordenador. No es posible defender eficazmente al trabajador, si no se organiza el trabajo dentro del sistema de producción nacional e internacional. Con claridad define el nuevo espíritu la Oficina Internacional del Trabajo en su reciente estudio sobre las

convenciones colectivas, síntesis de los esfuerzos realizados en los últimos tiempos para dar estructura a este instituto jurídico lleno de posibilidades: "en esta nueva concepción, la legislación social y las convenciones colectivas que reglamentan las condiciones de trabajo son otra cosa que una simple protección contra la explotación de los trabajadores o un simple medio por el cual un grupo limitado de empleadores y de trabajadores se asegura ventajas exclusivas. Ellas llegan a ser elementos esenciales de una estructura económica y social cuyas partes son interdependientes".

Me propongo trazar en este artículo las grandes líneas de la reciente evolución de la legislación del trabajo en Francia: una experiencia social a estudiar con criterio objetivo; un tema del curso sobre sindicalismo que dicto este año en el Seminario de la Facultad de Derecho.

II

Esta evolución se precipitó bajo el impulso impetuoso de las fuerzas del Frente Popular durante el año 1936. El estudio de las fórmulas en que cuajó muestra al desnudo el proceso de elaboración del derecho partiendo de fórmulas impregnadas de individualismo jurídico hacia otras, aún no definitivas, pero orientadas hacia el predominio del derecho colectivo, social.

Antes de la reforma de 1936, dos jalones marcaban esa evolución en la legislación francesa. La ley Waldeck-Rousseau, de 1884, dió personería jurídica a un estado de hecho al admitir la existencia legal de los sindicatos profesionales y reglamentarla. Fué la piedra fundamental en la construcción del estatuto de las asociaciones profesionales en Francia. Lo anterior, a partir de la ley revolucionaria de Chaptal, y aun de los edictos de Turgot, es negativo: abolición del régimen corporativo, prohibiciones legales, penales, reglamentarias y policiales. La revolución había suprimido las asociaciones y prohibido las coaliciones en nombre de la li-

bertad y de los derechos del hombre, del hombre abstracto de los filósofos del siglo XVIII. La ley de Waldeck-Rousseau, casi un siglo más tarde, las restableció invocando también la libertad. El derecho de asociación es consagrado como un atributo del individuo. Prevé la ley el sindicato libre, el sindicato de puertas abiertas. El individuo ingresa en el sindicato, o lo abandona, a su albedrío. Asociaciones diversas, sin limitación de número, podrán constituirse en cada oficio. La asociación no representa sino a los afiliados por acto voluntario. No existe como entidad corporativa, ni ejerce otros poderes sino los que expresamente le confieren sus miembros dentro del cuadro legal. Al reconocer la existencia del sindicato la ley delimita cuidadosamente su radio de acción. "Excluye, precisa Scelle, toda ingerencia del Estado, sea en la formación, sea en el funcionamiento del sindicato. Excluye, también, con no menor energía, todo monopolio y toda coerción de parte del sindicato rehusándole atributos de poder público sobre el conjunto de la profesión. Si el sindicato posee cierto carácter representativo, como lo tiene, en efecto, es tan sólo como asociación de derecho privado; pero no encarna jurídicamente a la profesión concebida en abstracto". Ya no son antinómicos, el derecho de asociación profesional y los derechos del hombre y del ciudadano. Se completan las tablas de los derechos individuales. "Hemos elegido la libertad; tengamos confianza en ella", escribía años después el principal autor de la ley (1).

La libertad, así definida, no inspiraba a todos igual confianza. Antes que la ley lo reconociera existía el hecho social: quinientos sindicatos con sesenta mil adherentes. La ley surgió de apasionados debates y entre la hostilidad de una parte de las masas obreras, temerosas de la intromisión del Estado en sus nacientes organizaciones. Críticas doctrinarias, provenientes de opuestas escuelas, fueron dirigidas

(1) Waldeck-Rousseau. Prefacio al libro "Le fédéralisme économique" de P. Boncour.

al nuevo instituto jurídico. Las tendencias obreras socialistas exigían el sindicato, arma para la lucha de clases, con tendencias a la obligatoriedad. Los católicos sociales reclamaban, por la voz elocuente de Alberto de Mun, el derecho de asociación profesional como reacción contra la pulverización individualista de la Revolución: su ideal predilecto, y que deseaban privilegiado, era el sindicato mixto de obreros y patronos, instrumento de paz social. Pero esta concepción "paternalista" no era única dentro de los católicos sociales: León Harmel, más en contacto con las masas obreras, la combatía proclamando la esterilidad de cualquier esfuerzo social que no tuviese como principio la restauración de la iniciativa y la responsabilidad obreras (2). Aun a muchos de los que permanecían fieles a la concepción liberal, la ley, con el correr del tiempo, llegó a parecer tímida, incompleta, en demasía recelosa de la tendencia absorbente de las asociaciones profesionales que a su amparo se constituían. Esa corriente crítica diversificada y múltiple preparó el terreno para la ley de 1920 que amplió, sin romper los moldes jurídicos anteriores, las facultades y derechos de los sindicatos. Hoy esta legislación sobre agrupaciones profesionales integra el libro III del Código del Trabajo. Los sindicatos profesionales, como ese libro los define, tienen por exclusivo objeto el estudio y la defensa de intereses económicos, industriales, comerciales y agrícolas. Pueden constituirse libremente, previas formalidades mínimas. Gozan de personalidad civil y del derecho de accionar ante la justicia y de adquirir a título gratuito u oneroso, bienes muebles o inmuebles. Pueden, ante cualquier jurisdicción ejercer todos los derechos reservados a la parte civil con relación a hechos que directa o indirectamente perjudiquen el interés colectivo de la profesión que representan. Les es lícito afectar sus recursos para la creación de viviendas baratas y la adquisición de terrenos para jardines obreros o para la educación

(2) Jules Zirnheld. Cinquante années de Syndicalisme chrétien.

física o higiénica o para iniciar, administrar o subvencionar obras profesionales de toda índole, o cooperativas, y aun comprar para vender, arrendar o repartir entre sus miembros materias primas o útiles del oficio, siempre que procedan sin móviles lucrativos. El *label*, la marca sindical, goza de idéntica protección que la marca comercial. Son los sindicatos, cuerpos consultivos en las materias de su especialidad. En varias direcciones han sido extendidos los derechos sindicales, dentro de la misma concepción liberal que predominó en la ley fundamental de 1884. Todo miembro de un sindicato profesional, estatuye el artículo 8, puede retirarse de la Asociación en cualquier instante y no obstante cualquier cláusula en contrario, sin perjuicio del derecho del sindicato a reclamarle las cuotas correspondientes al semestre siguiente a su retiro. Entre el sindicato y sus miembros hay vínculos contractuales; la voluntad individual que crea esos vínculos, puede romperlos. No existen lazos de solidaridad profesional indestructibles, inherentes al ejercicio de la profesión, consecuencia natural e ineludible del mismo.

En la vida del trabajo la máxima obra del sindicato es la concertación del convenio colectivo. El artículo 15 reconoce expresamente a los sindicatos la facultad de concluir contratos o convenciones con otros sindicatos, sociedades o empresas. Todo contrato o convención que toque a las condiciones colectivas del trabajo debe ser concluido en las condiciones fijadas en el capítulo IV bis T. II del Libro I del Código del Trabajo. Contiene este capítulo las disposiciones de la ley de 1919, primer estatuto legal de la convención colectiva en el derecho francés. La convención colectiva, como el sindicato, existió antes de que la ley fijase su estructura: cuando intervino el legislador la institución ya existía, arraigada en las entrañas vivas de la organización económica y social. Paralelamente, la doctrina gastaba penosos esfuerzos para encasillar en las usuales categorías contractuales esa nueva y desconcertante creación. Así surgieron ingeniosas y frágiles construcciones dialécticas, buscando la justificación en la teoría del mandato, de la gestión de negocios, del

contrato de adhesión, de la estipulación en favor de terceros. El problema, ya erizado de dificultades en cuanto a la investigación de la naturaleza jurídica del contrato individual de trabajo, se tornaba insoluble al enfocarse las características del convenio colectivo. Ya era ardua empresa, por ejemplo, la de conciliar los principios del derecho contractual con el hecho categórico y brutal de la huelga, y los civilistas discutían interminablemente sobre si debía interpretarse como una ruptura del contrato de trabajo; pero, al fin, se la consideraba como una suspensión y el puente quedaba tendido, no muy sólido, en verdad, pero pasablemente útil. En cambio, la extensión obligatoria del convenio colectivo a terceros no contratantes, la tendencia latente en la convención colectiva a convertirse en ley de la profesión, tendencia íntimamente enlazada con la pretensión a la soberanía que en los sindicatos se señala, equivale a una derogación de principios sustanciales del derecho de obligaciones. Bastará referirse ahora a las páginas notorias de Duguit en sus conferencias sobre las transformaciones del derecho privado, páginas cuyas conclusiones se concretan en la afirmación de que el convenio colectivo "es una categoría jurídica absolutamente nueva y por completo fuera de los cuadros tradicionales del derecho civil. Es un convenio-ley que regula las relaciones de dos clases sociales". Recordemos también las páginas concordantes de Gastón Morín sobre la decadencia de la soberanía de la ley y del contrato: "las necesidades quebrarán el molde de la convención colectiva de trabajo que no es sino un esbozo de la ley profesional". Las fórmulas de la ley de 1919, acogidas luego por el Código de Trabajo francés, estaban aún muy distantes de estas anticipaciones de la doctrina. Son fórmulas de equilibrio precario, oscilantes entre dos concepciones jurídicas diversas: la civilista, que pugna por encuadrar a la convención colectiva, a riesgo de despojarla de condiciones esenciales para su eficacia social, dentro de los principios del derecho contractual, y la que, como en Duguit, parte de la idea de que está frente a una institución nueva, rudimento o esbozo de un derecho profesional o colectivo o

social en gestación. La concepción civilista ha primado y da fuertemente el tono a la construcción entera. Fiel a esta concepción el legislador quiere sin embargo ampliar la esfera de influencia de los convenios colectivos. Marcan bien de resalte las aristas de la figura jurídica así concebida las disposiciones que estatuyen sobre la validez de los convenios colectivos. Ellos pueden ser pactados en igualdad de condiciones por un sindicato o por una agrupación cualquiera. Los sindicatos o agrupaciones contratantes están habilitados para ello, no porque la ley les reconozca el derecho a constituirse en entidades representativas de la profesión, sino en virtud del carácter que invisten de mandatarios especialmente facultados, sea por las estipulaciones del estatuto del grupo en cuyo nombre pactan, sea por una especial deliberación del mismo, sea por mandatos escritos y especiales que los adherentes les otorguen individualmente; si no, las convenciones están sometidas a ratificación especial por parte de los miembros de la agrupación o sindicato. En cuanto a su duración, las convenciones pueden serlo a plazo fijo o por plazo indeterminado o por la duración de una determinada empresa. La convención por plazo indeterminado, —es la fórmula más frecuente— puede cesar en cualquier momento por voluntad de cualquiera de las partes; es pues de carácter revocable, precario. La convención a plazo fijo continúa vigente, produciendo efectos como si fuera a plazo indeterminado, una vez que vence el plazo fijado. Cuando una convención colectiva es concluida por el tiempo de duración de una empresa, si ésta no termina dentro de los cinco años, se la considera pactada por solo ese plazo. El legislador adopta minuciosas precauciones a fin de salvaguardar los derechos de empleados y empleadores. Sólo admite obligaciones de origen contractual. La adhesión a la convención colectiva puede ser expresa o tácita. Expresa, cuando se manifiesta en alguna de las formas enumeradas. Tácitamente, se consideran adheridos los miembros del sindicato pactante que dentro del plazo de ocho días no presentan su dimisión de miembros del mismo, plazo que se acorta a tres días cuando la convención

surge después de una huelga o lock-out y para ponerle fin. Los miembros de un sindicato o agrupación que adhiere a una convención pactada por otros sindicatos o agrupaciones gozan del mismo plazo para libertarse de las obligaciones que de dicha convención dimanen. Se consideran ligados por las cláusulas de la convención anteriormente pactada a las personas que posteriormente ingresan al sindicato o agrupación pactante. Con idéntica prolijidad reglamenta el legislador el derecho a desprenderse de las obligaciones derivadas de la convención. Todo miembro de un sindicato o agrupación de empleados o empleadores que sea parte en una convención colectiva, concluida por plazo indeterminado o prorrogada por tácita reconducción por plazo indefinido (y es de notar que todos los que tienen tácitamente por adheridos son considerados que lo son por plazo indefinido a fin de facilitar su retiro) puede, en cualquier momento, desprenderse de sus obligaciones, a menos que no haya renunciado expresamente a esa facultad; esta renuncia no se admite por mayor plazo de cinco años. Es nula la convención en la cual los empleados o empleadores renuncian a la facultad de repudiar, sea la convención colectiva, sea un mandato dado colectivamente. Cuando sola una de las partes que anudan un contrato individual de trabajo deba ser considerada como ligada por las cláusulas de una convención colectiva, estas cláusulas, a falta de estipulación contraria, se presumen aplicadas a dicho contrato individual. La parte ligada por una convención colectiva que la obliga, aun con respecto a terceros, y que acepta en sus relaciones con éstos condiciones contrarias a las cláusulas de la convención, puede ser demandada civilmente por la inejecución de las obligaciones que en la convención colectiva hubiera contraído. Finalmente, la ley sanciona especialmente la validez de la cláusula compromisoria; son válidas las disposiciones de la convención colectiva por las cuales las partes remiten a juicio de árbitros, designados o a designar mediante formalidades especificadas, la solución de los litigios que la aplicación de la misma puede engendrar. Guarda silencio la ley en cuanto al contenido de las convenciones

colectivas; queda librado en absoluto a la voluntad de las partes contratantes.

Está lejos el Instituto así perfilado del convenio-ley de dos grupos sociales a que se refiere Duguit. Los contratantes obran como personas de derecho privado; no representan a la entidad profesional sino a sus mandatarios y no obligan más que a los adherentes por acto de voluntad expresa o presumida; conservan la facultad de desligarse, conforme a la ley, de las obligaciones contraídas. Esta ingeniosa edificación jurídica se sitúa en el primer estadio de la evolución del derecho laboral; aquel en el cual todavía no se han destacado sus principios básicos originales y autónomos. Frente al patrón, haz, coalición de fuerzas, como lo definió Adam Smith, se constituyen la agrupación o el sindicato obreros; el convenio colectivo pone a ambas partes nivelando desigualdades en la posibilidad de tratar en paridad de condiciones o en condiciones menos desemejantes. El sindicato y la agrupación accidental actúan en condiciones iguales; esta igualdad en el texto de la ley es desigualdad en los hechos, en contra del sindicato regularmente constituido y sujeto a mayores y más reales responsabilidades que los grupos efímeros. Indirectamente, pues, la ley no favorece la organización sindical permanente. Las facilidades minuciosas para el retiro o la denuncia de las convenciones, la exigencia de adhesión individual expresa o tácita salvan los escrúpulos jurídicos fundados del legislador; pero, prácticamente, el convenio se torna en demasía precario y quebradizo. Además, el convenio colectivo restringido a zonas reducidas dentro del campo profesional, crea fácilmente condiciones de inferioridad para el empleador ligado por sus cláusulas, casi siempre onerosas. Peligra también la efectividad de las conquistas obreras consagradas por el convenio, cuando existe abundante mano de obra dispuesta a doblegarse ante las imposiciones patronales, si al lado de la fábrica o el taller regidos por el convenio se alzan otros talleres o fábricas cuyo patrón tiene libres las manos, si frente al sindicato permanente puede improvisarse la agrupación accidental. Muestra también el convenio así con-

cebido deficiencias en cuanto a la organización profesional. La responsabilidad patronal es más real y fuerte que la responsabilidad obrera, con frecuencia nominal o ilusoria. El círculo de personas ligadas por la convención es esencialmente móvil, según la precisa imagen de Pic (1): puede ensancharse por adhesiones sucesivas y, a la inversa puede también estrecharse por denuncias colectivas o individuales.

Esta ley fué una importante realización jurídica y dió fuerte impulso a los convenios colectivos. Andamiaje complicado de principios jurídicos dudosos, la llama Scelle (2) y agrega: "el legislador no llega sino por medio de presunciones de voluntad sobrado discutibles a disminuir la autonomía de la voluntad contractual del individuo, sin asegurar sin embargo completamente el predominio general del contrato colectivo. La conciliación de dos actividades jurídicas contradictorias no se obtiene sino por amputación de ambas".

Vamos a asistir al proceso de transformación de estos conceptos jurídicos bajo la presión de los hechos sociales. La descripción de institutos demasiado conocidos era necesaria para poner de resalte la importancia y dirección de los cambios producidos.

III

Pan, Paz y Libertad, fué la divisa electoral del frente popular en Francia. En abril y mayo de 1936, su campaña fué coronada por un éxito rotundo, conquistando fuerte mayoría parlamentaria. En el intervalo que transcurrió entre la victoria electoral y la constitución del Gabinete presidido por León Blum se desató y fué invadiendo todo el territorio un movimiento obrero que presentó características singulares. Una oleada de huelgas, nacida en la industria metalúrgi-

(1) *Traité de législation industrielle*, Sixième édition, pág. 878.

(2) *Le droit ouvrier*, Pág. 65.

ca y de la aviación de la región del Sena, se polifurcó en regueros innumerables. Paralizáronse industrias vitales, como las de alimentación; suspendieron, en algún momento su salida los diarios, a excepción de los militantes en la vanguardia obrera. El número de huelguistas alcanzó a la suma de un millón trescientos mil. Las huelgas presentaban pintoresca fisonomía. Los obreros aplicaron una táctica nueva en Francia: la huelga *sur le tas*, "staying in", tomando posesión de las usinas, fábricas y magazines y acampando en ellos; la huelga "de ocupación", la huelga en las usinas "habitadas", como la llama Coutrot, el secuestro de los jefes y directores. El movimiento se abalanzó con sorprendente ritmo. La masa obrera, agitada por todas las esperanzas y promesas prodigamente sembradas durante la campaña electoral, aparecía rodeada de simpatías fervorosas de la clase media y de los funcionarios públicos. El movimiento, aunque de extrema gravedad, asumía caracteres disciplinados: los huelguistas prisioneros voluntarios eran alimentados y alentados por el pueblo. Ondeaban banderas rojas sobre las fábricas. La abstención de la autoridad previno violencias y, en realidad, se presenció en las ciudades francesas el espectáculo de una revolución sin sangre y sin ruinas. ¿Quién dió la consigna secreta del movimiento? León Blum, presidente del gabinete, en la primera entrevista con los representantes patronales que R. P. Duchemin ha narrado en la *Revue de París* del 1º de febrero de 1937, declaró ignorarlo: "insistió sobre el hecho de que a sus ojos, el punto particularmente grave de la situación presente radicaba en la imposibilidad en que el gobierno estaba de saber de dónde venía y a dónde se dirigía el movimiento obrero". Una red de comités extendida por todo el país trasmitía las palabras de orden. El comité Amsterdam-Pleyes, creado a consecuencia de la conferencia de Amsterdam de 1932 contra la guerra, los miembros unitarios de tendencia extremista de la Confederación General del Trabajo recientemente unificada, los trozkistas, los sindicalistas revolucionarios fueron acusados de atizar el fuego cuando el movimiento amenazó desbordar aún a los jefes

de la Confederación General del Trabajo y del partido comunista. Aquella agitación representaba un hecho nuevo, de inusitado volumen: era la acción directa, la presión de las masas preparando el campo para el triunfo de la acción de gobierno y parlamentaria del frente popular. Acción política y acción directa de masas convergían al mismo propósito. Ni el partido comunista, ni la Confederación General del Trabajo aceptaron puestos ministeriales en el nuevo Gabinete: pero el partido comunista prometió su "apoyo sin eclipse" y León Jouhaux, secretario de la C. G. T., también anticipó su colaboración, desde afuera, fiel a los métodos sindicalistas, aunque adaptándolos a las circunstancias. Entre los principios de la Carta de Amiens de 1906, expresión de la táctica sindicalista pura, y la táctica empleada en 1936 en que la C. G. T. figura como aliada de un conglomerado de partidos políticos hay diferencias cuyo estudio, aunque tentador, nos desviaría del tema de este artículo. Una frase típica quedó, para definir aquel movimiento; por encima del ministerio constitucional, se constituía en las plazas, en las calles, en las usinas desposeídas para sus dueños, un ministerio inmenso, turbulento y ubicuo: el ministerio de las masas (1), con la misión de presionar a los gobernantes legales y asegurar al proletariado los frutos de la victoria electoral. Fué en este ambiente electrizado, cargado de amenazas, que subió al poder León Blum. En el palacio Matignon, presididas por el primer ministro, se realizaron las entrevistas entre los representantes de la Confederación General del Trabajo y la Confederación General de la producción francesa, luego transformada en Confederación General del patronato francés. El Gobierno subrayó ante patronos y obreros la urgencia de un acuerdo: "algunas cuestiones de las contenidas en los pliegos de reivindicación obrera, los contratos colectivos, la semana de cuarenta horas y las vacaciones pagas serían resueltas por la ley; pero era preciso fijar

(1) Raymond-Millet-Jouhaux et la C. G. T.

las cláusulas generales, de orden nacional, de los contratos colectivos y resolver el problema de los salarios". Los patronos hicieron resaltar la poderosa incidencia que las mejoras pedidas tendrían sobre la economía nacional, a lo que el presidente respondió: "que no se disimulaba que los proyectos del gobierno podrían desequilibrar algunas tesorías, pero que el gobierno estaba pronto para tomar todas las disposiciones necesarias para dar facilidades financieras a las empresas que se encontraran en apuros". El ambiente en que se desarrollaron las tratativas, según testimonio del delegado patronal Duchemin fué cortés, difícil y doloroso: "cortés porque sin alzar la voz, sin ningún incidente, todas las opiniones pudieron ser expresadas libremente; difícil porque de una parte y de otra se defendieron palmo a palmo, con rara perseverancia, opuestas doctrinas, principalmente sobre las ocupaciones de usinas y la libertad sindical; dolorosa en fin, porque los delegados obreros aportaron datos de salarios por hora particularmente reducidos, pagados excepcionalmente en ciertas regiones y que eran susceptibles de explicar, localmente, algunas brutales reacciones y marcaban sobre todo la gravedad de la crisis reinante en el país". La tasa de mejoras de los salarios quedó fijada por arbitraje del jefe de gobierno. El acuerdo fué firmado el 7 de junio: en el lenguaje triunfal de la C. G. T. aquella noche es llamada el 4 de octubre del patronato francés. "Es un hecho capital, según Jouhaux, cuyas repercusiones serán inmensas y que abre ciertamente una era nueva en las relaciones del trabajo". Del lado patronal, las campanas suenan a derrota: "El patronado no se hace ilusiones sobre los resultados de las exigencias que le han sido impuestas y que soporta. No podía obrar de otra manera sino aceptando el arbitraje del gobierno que, de hoy en adelante, asume todas las responsabilidades de la nueva situación. Esta situación es falsa y peligrosa: el patronado, al aceptar las proposiciones del gobierno, formula las más expresas reservas" (1). El patro-

(1) Sobre los preliminares del acuerdo: Millet, *op. cit.*; Florian Delhorbe: *Bilan de l'accord Matignon*. (Le mois, Février 1937); *Revue Parlementaire*, 10 Mars, 1937).

nado admite el establecimiento inmediato de contratos colectivos de trabajo; reconocen los firmantes la libertad sindical y la libertad de opinión; el ejercicio del derecho sindical no debe tener por consecuencia actos contrarios a las leyes; en los establecimientos que ocupen más de diez obreros será designada una delegación del personal; ninguna sanción se aplicará por hechos de huelga; los salarios reales que devengaban los asalariados con fecha 24 de mayo serán reajustados el día en que se reanude el trabajo rigiendo una escala decreciente que comienza en un 15 % para los salarios más bajos y termina en un 7 % para los más altos, no debiendo en ningún caso el total de salarios de cada establecimiento ser subido en más del 10 %. El jefe de gobierno procedía con el espíritu que definen estas palabras: "Nuestro programa se sitúa en el interior de la sociedad capitalista. Nuestra tarea es la de extraer de ese régimen social todo lo que puede esconder de justicia y de bienestar para los trabajadores".

Tal fué la génesis del acuerdo del palacio Matignon. Las conquistas obreras alcanzadas por este acuerdo tienen como base primera las cláusulas del programa social del frente popular, sin agotarlo. Decían así (1):

"Contra el paro y la crisis industrial.

Institución de un fondo nacional de pago.

Reducción de la semana de trabajo sin reducción del salario hebdomadario.

Convocatoria de los jóvenes al trabajo por el establecimiento de un fondo suficiente de retiro para los trabajadores viejos.

Ejecución rápida de un plan de grandes trabajos de utilidad pública, rural y ciudadana, asociando al esfuerzo

(1) Un an d'experience francaise par Fernand Maurette. Revue Int. du Travail, Juillet, 1937.

del Estado y de las colectividades el esfuerzo del ahorro rural."

Agréguese la prolongación hasta los 14 años de la edad de escolaridad obligatoria, el respeto del derecho al trabajo de las mujeres, el planteamiento de los problemas del trabajo indígena y colonial.

El acuerdo Matignon es substancialmente una transacción entre los dos grandes sindicatos obreros y patronales, transacción pactada ante los ojos del Gobierno y bajo su autoridad. Una avalancha de nuevos sindicatos se precipitó, a raíz de la victoria, en las filas de la Confederación General del Trabajo, cuyos efectivos que, apenas sobrepasaban en abril de 1936 la cifra global de un millón ciento sesenta mil hombres, llegaron en diciembre al alto nivel de cuatro millones trescientos mil. Nunca el sindicalismo había sido en Francia tan poderoso. Es de notar que otros sindicatos, como ser la Confederación General de Trabajadores Cristianos también engrosaron el número de sus afiliados, si bien las cifras no sufrieron tan brusco salto. La clase obrera se mostró unánime y pujante.

Para comprender mejor los problemas creados servirán algunas cifras del censo industrial francés de 1931 que tomo del libro de Coutrot: sobre una población activa total de 21 millones hay 6 millones 232 mil jefes de empresas; en la industria sólo, sobre 4.417.000 obreros y 538.000 empleados hay 710 mil jefes de empresa. Nada podía hacer resaltar mejor la importancia de las pequeñas industrias y empresas, de débil base económica.

La sociedad francesa fué sacudida hasta sus cimientos económicos, sociales, espirituales. Pero las amenazas de revolución que se cernían en el horizonte se disiparon. Los pesimistas que, recordando los días del advenimiento del fascismo en Italia, presagiaban para Francia igual suerte, fueron rotundamente desmentidos por los hechos. Algunos sucesos inevitables en tan vasta remoción, no invalidan la regla. Aquel movimiento popular vasto, potente y tranquilo, admira a Coutrot, el autor del "Humanismo Económico" y le

arranca esta exclamación después de haber vivido la experiencia de junio de 1936 en pleno arrabal rojo de París: "¡verdaderamente el pueblo francés es el más civilizado de la tierra! ¡Jamás creería en la posibilidad de lo que he visto esta semana!" "La paz y la disciplina que no han cesado de reinar en el curso de esta aventura, el estrechamiento tan paradojal, pero tan real en muchos casos, de cordialidad, entre obreros y patronos en ese mundo al revés", inspiran a este escritor, ingeniero, consejero de racionalización, páginas líricas sobre las perspectivas de una transformación social poderosa y tranquila, "victoria común de todos los productores, patronos y obreros, sobre la inhumanidad y la anarquía de los mecanismos económicos anteriores". Gerardo Bardet, poderoso industrial, jefe de una usina modelo en la cual se habían ya ensayado en paz experiencias sociales de alto interés, tales como el establecimiento de la delegación obrera y que no fué afectada por las huelgas, comparte el optimismo de Coutrot. Joseph Wilbois, escribiendo sobre la nueva organización del trabajo en "Cahiers de la nouvelle journée", confirma la cordura sorprendente de que, salvo muy raras excepciones, dió testimonio la clase obrera: todo muestra, concluye, una transformación de la conciencia colectiva de los obreros. El patronado, en cambio, se dejó batir en orden disperso, siendo numerosos los patronos que, presas del pánico, entraron en acuerdos parciales con su personal: la actitud patronal fué indecisa y fluctuante. La Confederación General de la producción francesa no representaba íntegramente al patronado francés, ni había en éste una firme y segura conciencia colectiva. La amplitud de aquel triunfante movimiento social se tradujo en una amplia legislación que se escalona de junio a diciembre de 1936.

IV

Enjugar el paro cuya cifra oscilaba alrededor de medio millón de obreros sin trabajo; aumentar el poder de adqui-

sición y de consumo de las clases populares y acrecentar su bienestar y su cultura; tales son las orientaciones fundamentales de esa legislación. Pasemos revista a las leyes de mayor importancia que comprende.

La ley de 20 de junio establece las vacaciones anuales pagas. Todo obrero, empleado o aprendiz ocupado en una profesión industrial, comercial o liberal o en una sociedad cooperativa, así como todo aprendiz o compañero que pertenezca a un taller de artesanato, tiene derecho, después de un año de servicios continuos en el establecimiento, a una vacación paga y continua de una duración mínima de quince días comprendiendo por lo menos doce días laborables. Si el período ordinario de vacaciones en el establecimiento sobreviene después de seis meses de servicios continuos, el obrero, empleado, compañero o aprendiz tiene derecho a una vacación paga y continua de una semana. La indemnización diaria que corresponde a los que disfruten del beneficio de la ley se mide, si se trata de salario por tiempo, por el equivalente de lo que hubiera ganado durante el período de vacación, y tratándose de salario a destajo u otro medio de remuneración, por la equivalencia de la ganancia del obrero en un período igual del año precedente. Se deberán tomar también en cuenta para fijar estas indemnizaciones las aloca-ciones familiares y las ventajas accesorias de cualquier índole cuyo goce fuera interrumpido por el período de vacación. Es nula de pleno derecho cualquier cláusula de un contrato de trabajo que establezca una renuncia a ese beneficio, aun con indemnización compensatoria. La ley ha tomado en cuenta dos situaciones especiales: en las profesiones, industrias y comercios en los que los obreros trabajan en forma discontinua en el mismo establecimiento, compete al Consejo de Ministros fijar las modalidades de la indemnización, previéndose la posibilidad de fundar cajas de compensación para repartir por igual las cargas entre los obreros interesados. Los obreros agrícolas —la eterna excepción de la legislación del trabajo— gozarán de los beneficios de la ley en las condiciones que fijarán también decretos especia-

les previa consulta a las Cámaras de agricultura y a los sindicatos agrícolas obreros o mixtos, a fin de ajustar la ley a las modalidades del trabajo del campo por naturaleza y región. El trabajo doméstico será también objeto de reglamentación especial.

La ley de 21 de junio de 1936 instituye la semana de cuarenta horas para todos los establecimientos industriales, comerciales, cooperativos o artesanales, comprendiendo los establecimientos de enseñanza profesional y de beneficencia. Las modalidades de aplicación de esta ley son fijadas para cada industria, profesión o categoría por decretos ministeriales, promulgados previo dictamen del Consejo nacional económico. Las organizaciones patronales y obreras son también consultadas. En las minas subterráneas el tiempo de presencia de cada obrero en la mina no podrá exceder de treinta y ocho horas cuarenta minutos semanales.

La semana de cuarenta horas, que la Conferencia del Trabajo de Ginebra incluyó en 1935 en una convención ratificada, representa un cambio considerable para la industria y el comercio francés. Fernand Maurette, en el minucioso estudio publicado en la *Revue Internationale du Travail*, incluye una estadística según la cual el 67 por ciento de los trabajadores estaban sometidos a un régimen de más de 48 horas de trabajo semanales. Una serie de decretos administrativos fué promulgada para ajustar el nuevo régimen a las diversas industrias, predominando, según dicho autor, tres sistemas. "O bien cinco jornadas de trabajo de ocho horas, con dos días de reposo consecutivos, sean sábado y domingo, sean domingo y lunes; o bien seis jornadas de trabajo entre las cuales las cuarenta horas de la semana son igualmente repartidas, o sea seis horas y cuarenta minutos por día; o bien seis jornadas de trabajo, pero entre las cuales las cuarenta horas son desigualmente repartidas, a condición que ninguna jornada sobrepase a las 8 horas y con el propósito de procurar a los trabajadores media jornada hebdomadaria de reposo, además del domingo."

La ley de vacaciones pagas ha requerido para su aplicación a la vida industrial un trabajo de reajuste no menos delicado. La influencia de la disminución de la jornada de trabajo para la educación moral, cívica, intelectual y física de los trabajadores es incalculable. Para fecundar esa obra pedagógica se multiplican los esfuerzos: fundación de campos de deportes, de bibliotecas; organización de visitas a los museos; mejoramiento de la vivienda obrera; creación de billetes ferroviarios a precio mínimo para excursiones; representaciones populares. Una obra de educación social de múltiples ramificaciones, que está recién en sus comienzos y que parece destinada a desenvolverse con extraordinario vuelo (1).

Ninguna disminución en el nivel de la vida de los trabajadores podrá resultar de la aplicación de esta ley que en ningún caso será causa para reducir los salarios, estampó el legislador en el texto de la ley sobre semana de cuarenta horas. Pero, los mandatos legales son impotentes contra los complejos fenómenos de la vida económica. Las mejoras obreras alcanzadas en estas leyes, y por el reajuste de los salarios acordado en el palacio Matignon estuvieron y continúan amenazadas, y en parte neutralizadas, por el alza de los artículos de subsistencia y la elevación brusca del costo de la vida. Para ello intervino como factor poderoso la devaluación monetaria practicada en octubre de 1936. Dictóse para frenar esta alza una ley sobre especulación ilícita. Según datos acoopiados por Pic en la *Revue politique et parlementaire* (marzo 1937) las comisiones de vigilancia creadas por la misma fracasaron en el esfuerzo para detener la suba de muchos artículos, debida no a la especulación, sino a las incidencias ineluctables de las nuevas leyes. Deplora el mismo Pic, en el Suplemento de 1937 a su Tratado, que la ley sobre semana de cuarenta horas no haya reproducido prudentes disposiciones contenidas en el texto de la ley de 8 horas graduando las

(1) Fernand Maurette, ob. cit.

etapas para su aplicación y previendo algunas derogaciones temporarias o permanentes inevitables. Fué preciso que el Gobierno acudiera en ayuda de la industria y el comercio agobiados por las nuevas cargas; proveyó a esa necesidad la ley sobre ayuda temporaria a la industria de 19 de agosto. En virtud de ella (1) se otorgaron algo más de trece mil préstamos por un importe global de mil setenta y cinco millones de francos. Para necesidades del comercio de exportación fué necesario disponer de ciento treinta y cinco millones de francos. Las cargas sociales que acarrearán las nuevas leyes, plantean, nadie se lo disimula, graves problemas económicos. Los economistas clásicos, los industriales, los políticos y financistas de los partidos contrarios al frente popular multiplican los augurios pesimistas, declarando seriamente afectado el porvenir nacional e internacional de la industria francesa. Los políticos del frente popular tienen fe en su obra, alentados por un ambiente de optimismo, cuya fuente son, sin duda, las experiencias que el presidente Roosevelt prosigue en medio de una vertiginosa danza de millones. Su principio se enuncia así: acrecentar el poder adquisitivo de las masas populares.

En la ley de devaluación monetaria se pensó incluir un artículo estableciendo escalas móviles de salarios, previendo la elevación automática de los mismos cada vez que subiera sobre cierto nivel el índice del costo de la vida. Escolló el artículo en el Senado, temeroso de las repercusiones que esta permanente oscilación de los salarios pudiera tener sobre la producción nacional, en el sentido de agravar el número de los desocupados y hacer inevitable una nueva devaluación con sus fatales contragolpes. Surgió entonces, incluida en dicha ley monetaria, la primera fórmula de procedimientos de conciliación y de arbitraje en los conflictos del trabajo, ideada con el propósito de buscar solución a los que acarrearán el alza del costo de la vida. Constituye este artículo un antici-

(1) Fernand Maurette, *ob. cit.*

po a la ley de 31 de diciembre de 1936 sobre procedimiento de conciliación y de arbitraje. Junto con la ley sobre convenciones colectivas, 24 de junio, contiene las innovaciones sustanciales en materia de legislación del trabajo. La curva de evolución del derecho laboral se señala aquí con un brusco codo.

La ley de 1936 sobre convenciones colectivas reposa sobre principios jurídicos distintos a los que inspiraron la de 1919. La reforma deroga categóricamente principios básicos del derecho de obligaciones. Un propósito doble de defensa social y de organización del trabajo ha inducido al legislador a sancionar preceptos para extender a terceros no contratantes el efecto de las convenciones. El derecho individual cede ante el derecho social. La convención obligatoria se torna, en casos preceptuados, de efectos ineluctables. "La naturaleza jurídica de las relaciones que vinculan a las partes en las convenciones colectivas difiere evidentemente según los métodos de establecimiento de las convenciones colectivas... Recordemos que esas relaciones son de naturaleza puramente contractual en los sistemas voluntarios, porque los derechos y obligaciones que de ellas derivan son los que fluyen del derecho común contractual o de los compromisos que las partes han contraído voluntariamente. Son de naturaleza legal en los sistemas obligatorios, porque los derechos y obligaciones son impuestos a las partes como en una ley imperativa" (1). La ley francesa de 1936 marca el tránsito de un sistema voluntario contractual, a un sistema de obligación legal. "Las disposiciones de la convención colectiva, dice el artículo 31 *vd.*, concertada de acuerdo con los artículos precedentes, pueden, por decreto del ministro de trabajo ser declaradas obligatorias para todos los empleadores y empleados de las profesiones y regiones comprendidas en el campo de ejecución de la convención. Esa extensión de los efectos y de las sanciones de la convención colec-

(1) Cit. par Gurvitch. *Le temps présent et l'idée du droit social.*

tiva se hará por el tiempo y las condiciones previstas en la convención misma". He ahí una norma legal que franquea las fronteras entre el derecho privado y el derecho público. Las normas de solidaridad social prevalecen sobre la libertad individual. Esta extensión por decreto de los efectos de la convención colectiva anula las cláusulas contradictorias de los contratos individuales o colectivos anteriormente pactados. El poder público interviene para dar fuerza *erga omnes* a lo que era un contrato entre partes y limitado en sus efectos a las mismas. Se realiza por ministerio público la condición que define el jurista germano: "la ineluctabilidad es la manifestación más indispensable y más esencial de la convención colectiva" (1). Esta facultad otorgada, sin limitación al ministerio de trabajo, suscita por lo demás serias objeciones. En el curso de la discusión en el Senado, informa Coste Floret, se propuso un artículo sustitutivo que fué rechazado. Sin embargo, el criterio que lo inspiraba era más equitativo que el del precepto sancionado: "Todas las veces que una convención haya sido adoptada por la mayoría en número de los establecimientos y de los empleados de la profesión o región, sus disposiciones podrán ser declaradas obligatorias por decreto ministerial" (2). Una disposición así fundaría el poder de imponer normas legales a la profesión en la voluntad de las mayorías profesionales. El precepto de la ley puede conducir a que la minoría imponga su ley a la mayoría. Además, extiende hasta la arbitrariedad los poderes ministeriales, dando al régimen de convenciones colectivas carácter pronunciadamente estatal.

Ha deseado también el legislador que las convenciones colectivas se difundieran hasta convertirse en el modo normal de reglamentación del trabajo. La convención colectiva tiende cada día con mayor evidencia a ser una de las fuentes más abundantes del derecho laboral. El procedimiento está indicado en los artículos iniciales: "a pedido de una organi-

zación sindical, patronal u obrera, interesada, el ministro de trabajo o su representante provocará la reunión de una comisión mixta a fin de concertar una convención colectiva del trabajo que tenga por objeto reglamentar las relaciones entre empleadores y empleados de una rama determinada de industria o de comercio para una determinada región o, en el caso de que se trate de una convención nacional, en el conjunto del territorio". Si la comisión mixta no llega a un acuerdo procede una nueva intervención del ministro para ayudar a la solución de las divergencias. El ministro debe intervenir, pero no puede imponer soluciones; no es árbitro, sino consejero. El Consejo nacional económico debe ser consultado previamente y se expedirá por intermedio de su sección o secciones profesionales interesadas. Obsérvese que por esta ley son las organizaciones sindicales las únicas autorizadas para promover los trámites que conducen a la convención colectiva. La ley nueva no pone en el mismo nivel a los sindicatos y a las agrupaciones accidentales. El legislador ha querido vigorizar las organizaciones sindicales y reforzar la responsabilidad de las partes. La experiencia demuestra que la extensión del método de las convenciones colectivas, su eficacia, dependen de la existencia de organizaciones sindicales estables y permanentes. La comisión mixta a que el precepto se refiere está compuesta por los representantes de las organizaciones sindicales patronales u obreras más representativas de la rama de industria o de comercio en la región o en todo el territorio, según el alcance de la convención. La frase está calcada del Tratado de Versailles que el Tribunal Internacional de La Haya interpretó con amplio criterio, dando entrada a los representantes de los sindicatos de diversas tendencias sin exclusiones ni sectarismos. En la práctica esta disposición ha ocasionado debates: así, los representantes de confederaciones sindicales distintas de la Confederación General de Trabajo, hacen oír su protesta por haber sido excluidos. Importantes organizaciones, la Confederación francesa de trabajadores cristianos con medio millón de afiliados y una larga historia de luchas sociales, la

(1) Cit. par Gurvitch. *Le temps présent et l'idée du droit social*.

(2) *La Revue critique*.

confederación de sindicatos profesionales franceses, las asociaciones de agentes profesionales, la Confederación General autónoma, la Confederación general del trabajo sindicalista revolucionaria, la Unión de corporaciones francesas, representan otras tantas zonas del mundo del trabajo que aspiran a intervenir en la elaboración de los estatutos profesionales. Aunque no cabe discutir que la Confederación General de Trabajo, la C. G. T. con su imponente masa de afiliados es la de volumen más considerable, la aplicación de la representación proporcional, preconizada por Coste Floret, abriría equitativamente la entrada a todas ellas con gran provecho de empleados y empleadores. Organización profesional no quiere decir lo mismo que monopolio de la representación profesional por un sindicato de determinada tendencia. Así es en los países totalitarios. El sindicato libre dentro de la profesión legalmente organizada; esta vieja fórmula de los cristianos sociales es admirablemente adecuada para los países democráticos.

Innova también la ley al tratar en el art. 31 v c del contenido de las convenciones colectivas, materia sobre la que la ley del 19 guarda silencio. En el estado actual de la legislación del trabajo no puede aspirarse a que un régimen basado en convenciones colectivas sustituya por completo al régimen legal. Pero, donde la institución está más avanzada en su evolución, las grandes convenciones colectivas que reglamentan el trabajo en extensos campos territoriales o profesionales constituyen verdaderos códigos. Las hay —sirvan de ejemplo las convenciones colectivas de reglamentación del trabajo agrícola en Dinamarca y Suecia— que abarcan una nación y son el modo normal y periódicamente renovado de reglamentar en ella la vida profesional. Las ventajas que de ellas se derivan, comparadas con la reglamentación legal, han sido expuestas precisamente por el presidente de la Federación danesa de trabajadores de la tierra en un documento que admirablemente las sintetiza y que copio del libro que la Oficina de Ginebra consagró en 1933 al estudio de las Convenciones colectivas en la agricultura: "Las convenciones colectivas agrícolas deben presentar una cierta elasticidad

dad y una cierta capacidad de adaptación a las condiciones económicas y sociales. Es necesario tomar en cuenta rápidamente las modificaciones que en la producción sobrevienen. Esa adaptación puede operarse mejor y más regularmente al entablarse negociaciones anuales para la renovación de las convenciones, en que las demandas que se cruzan de una a otra parte son discutidas delante de hombres que poseen experiencia profunda en todos los detalles prácticos de la producción agrícola y del trabajo agrícola. Los conocimientos profesionales son aplicados a todos los argumentos invocados de una y otra parte. Las convenciones colectivas aparecen entonces como el resultado de los conocimientos comunes, de la fuerza relativa de las partes y de la naturaleza de la cuestión tratada... La experiencia ha mostrado que el legislador no comprende tan bien las cuestiones relativas al trabajo agrícola como los representantes de los empleadores que conocen de una manera mucho más directa las condiciones existentes; ella ha probado también que es más fácil llegar, por medio de negociaciones amistosas, a un acuerdo con agricultores sobre puntos que ningún legislador consentiría incorporar a la ley. A esto hay que agregar que los empleadores titubean mucho menos para aceptar una cláusula en una convención válida por un año y que puede ser modificada al terminar este período, que el legislador, que no puede prever cuánto tiempo permanecerá en vigor una ley y que sabe cuán difícil resulta introducir en su texto modificaciones. Las organizaciones que representan a las partes contratantes están en posición mucho mejor, para hacer esas experiencias". Flexibilidad, facilidad de adaptación a las circunstancias cambiantes de lugar, de tiempo y especialidad profesional; estabilización de las condiciones de trabajo fijadas por los propios interesados que conocen directa e íntimamente los resortes de la vida profesional; tales ventajas no son exclusivas de las convenciones del trabajo agrícola a que el documento citado se refiere sino que pueden extenderse a todas las profesiones. El legislador francés ha querido estimular esa tendencia a convertir la convención colectiva en una verdadera Carta Orgánica de la profesión.

La convención colectiva no surgirá, pues, con el propósito único o primordial de poner fin a un conflicto determinado solucionando los puntos litigiosos; no es el simple concordato, calificación que induce a pensar en una tregua; no es tampoco el simple convenio de tarifas, según lo llamaban los jurisconsultos alemanes. Vemos aparecer triunfante la tendencia que Raúl Jay definía en su estudio sobre la naturaleza del contrato colectivo de trabajo: "tiene una tendencia incontestable a crear una legislación profesional más o menos directamente obligatoria para todo un oficio".

Por ello, la nueva ley francesa se preocupa de señalar los capítulos que esa Carta Orgánica "debe" abarcar. Esta enumeración no es restrictiva: la libertad sindical y la libertad de opinión de los trabajadores; los salarios mínimos por categoría y por región; el despido; la organización del aprendizaje; el procedimiento para arreglar los diferendos relativos a su aplicación; el procedimiento para su revisión o modificación. Las convenciones colectivas no deben contener disposiciones contrarias a las leyes y reglamentos en vigor, pero pueden estipular disposiciones más favorables. Deberá también, dice un inciso que quiero hacer resaltar, instituir en los establecimientos en los que trabajen más de diez personas, delegados elegidos de su seno, por el personal, facultados para presentar a la dirección las reclamaciones individuales que no hubieran sido directamente satisfechas relativas a la aplicación de las tarifas de salarios, del Código del trabajo y otras leyes y reglamentos concernientes a la protección obrera, la higiene y la seguridad; esos delegados electos podrán, a su pedido, hacerse asistir por un representante del sindicato de su profesión. Toma por este inciso carta definitiva de ciudadanía en la legislación del trabajo una de las instituciones modernas más ricas en fecundas posibilidades. Se abren las puertas de fábricas y talleres al contralor obrero. No es enteramente novedosa en Francia la institución. Antes de la guerra, existía en algunas fábricas aisladas; no más de 17. (V. Pierre André, *Les délégués ouvriers*, 1937). En 1885, Leon Harmel había fundado un Consejo de Usina en su famosa fábrica de Val de Bois, co-

mo "acto de fe en el alma popular". El ministerio de Alberto Thomas los instituyó en 1917 en las fábricas de guerra. Terminado el conflicto, se fueron disolviendo. Los sistemas de representación obrera que, a partir de la guerra se multiplicaron en los principales países industriales de Europa y en Norteamérica, revisten formas variadísimas: los consejos Whitley de Gran Bretaña, los consejos de empresa de Alemania, a los que la Constitución de Weimar atribuyó importancia suma en el engranaje de la política económica del Reich, las instituciones, tan diversas por su origen, facultades y tendencias nacidas en las empresas norteamericanas, los consejos italianos cuya acción está tan vinculada a las agitaciones de post-guerra y a las que precedieron y prepararon el advenimiento del fascismo, las de Rusia, órganos de la dictadura comunista. Podrían distinguirse dos tipos, para clasificarlas: el tipo profesional y el político, que corresponden a dos concepciones distintas: instituciones de colaboración o instituciones de guerra social. Marcelo Berthelot, en su estudio sobre Los Consejos de Empresa en Alemania define claramente ambos tipos: "por un lado la tesis revolucionaria, lo que se ha llamado el "Rätessystem", es decir, la concentración inmediata del poder en manos de los Räte, en representación de la voluntad del proletariado y encargados de la ejecución rápida de las medidas de socialización; por otro lado, la tesis democrática, la evolución progresiva de la legislación social de acuerdo con el desarrollo de la libertad política para todos los ciudadanos. Esta cuestión de las representaciones obreras, de su competencia y de sus relaciones con el poder político y con los sindicatos, fué la que desde el día siguiente de la revolución alemana de 1919 desencadenó las luchas más enconadas entre los defensores y los enemigos del nuevo régimen". La ley francesa, para cristalizar lo estipulado en el acuerdo del palacio Matignon ha sido en extremo parca: sobre el modo de elección de los delegados no establece reglas comparables a las que regían la misma institución ya establecida en Francia, aunque no con idénticas modalidades, para los trabajos mineros; carece de sanciones para el caso de incumplimiento y de normas regla-

mentarias para facilitar el funcionamiento de las delegaciones. Es un paso hacia la usina "constitucional", el que marca esa institución así esbozada tendiente a establecer un órgano permanente de defensa de los derechos del trabajo estableciendo por su intermedio contacto entre obreros y patronos, para facilitar la mutua comprensión y prevenir conflictos, linar asperezas y convertirse en centro de cooperación útil y fecunda para ambas partes. Allí donde se han desenvuelto libremente se las mira como la piedra angular de una "democracia industrial", llamada a sustituir en un cercano porvenir al antiguo taller de organización puramente autoritaria. La experiencia de Estados Unidos demuestra aún que muchas veces fueron instituidos en su origen por los patronos como instrumentos de lucha contra las organizaciones sindicales obreras, pero concluyeron por imponerse en las costumbres industriales por lo benéfico de su acción. Donde se constituyen como órganos prevalentemente políticos, degeneran en factores de desorganización y anarquía. Su acción, puede ser tanto más benéfica cuanto más apoyados estén por organizaciones sindicales permanentes y responsables. La ley francesa no hace de los delegados instrumentos del sindicato; pero prevé su colaboración. Es uno de los puntos más delicados que quedan abiertos. No faltan comentaristas que critiquen, con razón, que el legislador no haya dado carácter de permanencia y estabilidad a los consejos mixtos encargados de formar las convenciones colectivas: la permanencia acentúa la responsabilidad, educa para el ejercicio de la función de contralor, forma delegados expertos, avezados al trato con los patronos y al dominio de los problemas de organización de la industria.

Debe ser destacado el hecho de que el legislador de 1936 mandó codificar esta ley sobre convenciones colectivas incluyéndola en el Código del trabajo, no en sustitución de la de 1919, sino como complemento de ella. Reconoce, pues, la legislación francesa dos tipos de convenciones colectivas, de distintos y desemejantes perfiles. Sólo a las convenciones concluidas por el procedimiento señalado en la ley de 1936 se aplican sus disposiciones. No era indispensable esta in-

crustación para dar aspecto heterogéneo al Código de Trabajo francés, que aparece como uno de esos monumentos que, en la diversidad de estilos de sus partes atestiguan al observador que el lento trabajo de su construcción se dilató al través de distintas épocas. El cuadro, en sus líneas generales, es parecido al que ofrecen muchos, la mayoría, de los Códigos del Trabajo, códigos de simple fachada, compilaciones de leyes y decretos parcialmente sistematizados en unos casos y en otros sin más estructura que la que les diera algún editor no oficial. —este último es el caso del Código belga. El derecho laboral brinda al codificador materiales demasiado recientes, como toda rama del derecho en formación, difícilmente abarcables y rebeldes a una sistematización completa. Simples bocetos, no logran el ideal de reproducir el derecho obrero en un todo orgánico, en una refundición unitaria. Consciente de esas dificultades, Charles Benoist, en su notorio informe sobre los primeros libros del Código de Trabajo francés, se apresuró a reconocer en 1910 que ese Código, con muchos capítulos vacíos, aparecería sobre todo "como el inventario de un déficit". La frase es todavía verdadera. De los dos métodos posibles en materia de codificación, el amplio (ambición de encerrar en científica ordenación la materia integral) y el modesto o limitado (propósito de proceder a una simple revisión y agregación de leyes parciales), aceptaba Benoist el segundo, presionado por los hechos. Método del que decía, recordando la tesis pesimista de Savigny y de la escuela histórica: sistematizar la legislación no es paralizar el derecho. Método que Alejandro Millerand definía a su vez diciendo: no se trata de redactar un Código nuevo, forjado de todas piezas, sino de servir a los interesados, dándoles una legislación mejor coordinada, y al legislador, haciéndole aparecer las lagunas de su obra e incitándolo por ello a trabajar para colmarlas. Estos Códigos, siquiera provisorios, llenan también la misión de difundir el derecho y como consecuencia tienen eficacia pedagógica puesto que afirman, como lo señala Ennecerus, la confianza general en el derecho y en la justicia. Y, al fin, los demás Códigos, particularmente los que nos admiran por

su grandeza y sus conjuntos de arquitectónicas masas, hay que recordar que no surgieron de un golpe, sino al través de largos procesos llenos también de ensayos, de imperfectos bocetos, de cambios e indecisiones como los que hoy palpamos en los modernos códigos de trabajo. Los dos capítulos sobre convenciones colectivas del código francés son de estilo y gustos diversos. Señalan admirablemente la curva de evolución que arranca del derecho individualista y se dirige hacia fórmulas nuevas del derecho social.

La ley de 31 de diciembre sobre procedimiento de conciliación y arbitraje en los conflictos del trabajo marca el extremo de esa curva y, por las íntimas contradicciones que contiene, muestra también los resultados de una lucha de encontrados principios jurídicos que sólo se detiene en un punto de inestable equilibrio. Por virtud de la nueva ley el derecho francés pasa de la fórmula de conciliación y arbitraje facultativos a la de arbitraje obligatorio. El Código de Trabajo, Libro IV, trata de la jurisdicción, de la conciliación y arbitraje y de la representación profesional. Para los conflictos individuales existen los consejos de "prud'hommes", los "hombres buenos" del antiguo derecho. Cuando se suscita un conflicto de orden colectivo relativo a las condiciones de trabajo los patronos, obreros y empleados pueden someter las cuestiones que los dividan, dice el título II, a un Comité de conciliación y a falta de entendimiento dentro de ese Comité, a un consejo de arbitraje. El Juez de paz, eje del procedimiento estatuido, puede proceder de oficio en caso de huelga invitando a las partes en lucha a someterse a él. Pero las partes están en libertad plena para aceptar o rechazar el ofrecimiento. La ley pone pues a la disposición de las partes un rodaje concebido con propósitos de pacificación social para buscar soluciones facilitando el acuerdo de voluntades. Nada más. Propone a los interesados el intercambio de parlamentarios para concertar un armisticio o una paz. Pero la ley de diciembre de 1936 reposa sobre principios jurídicos distintos: es imperativa, obligatoria. "En la industria y en el comercio, dice el artículo 1º, todos los conflictos colectivos de trabajo deben ser sometidos a los

procedimientos de conciliación y de arbitraje antes de toda huelga o todo lock-out". Parece pues internarse el legislador en la ruta de la obligatoriedad que abrieron Nueva Zelandia y Australia y donde las siguieron Italia, Rusia, Alemania. Ni siquiera se ha detenido en la etapa intermedia que señalaba el proyecto Loucher (1) votado en 1929 en la Cámara de Diputados y modificado en 1935 por el Senado: conciliación obligatoria y arbitraje facultativo. Urgido por la sucesión de huelgas desatadas en Francia con motivo de la interpretación de las leyes sociales recientemente dictadas, estatuyó asimismo que los conflictos ya en curso debieran ser sometidos a idénticos procedimientos. En esos casos, agregó, la iniciación del procedimiento acarreará de pleno derecho, para todas las partes, la obligación de reanudar el trabajo. A título transitorio, todas las discusiones que por su naturaleza pudieran retardar la reanudación inmediata del trabajo, deberán ser elevadas directamente y sin preliminares de conciliación, ante los árbitros. Las decisiones de los árbitros, provisionales o definitivas, serán sin apelación. En todos los demás casos, las sentencias arbitrales serán motivadas y sin apelación, obligatorias y públicas. Preceptos que literalmente analizados importarían la supresión del derecho de huelga y de lock-out. Arbitraje obligatorio pero sin ninguna sanción se reduce, según observación de Phillip, a la mera obligación de someterse al arbitraje (2). Quedan sólo sanciones de carácter moral. Ni se concebiría que las organizaciones sindicales renunciaran espontáneamente al arma favorita de la huelga que les diera meses antes la victoria resonante del palacio Matignon. Ley sin sanciones, como también la de convenciones colectivas. Tan importante laguna no proviene de omisión o premura en la redacción de la ley; denuncia simplemente el choque de encontrados criterios. El legislador ha vacilado ante la rígida solución de la obligatoriedad, cuyas graves consecuencias económico-sociales arredaban a obreros y patro-

(1) Pic. Supplement.

(2) Cit. por Pic.

nos. El proyecto gubernamental daba el monopolio de la representación obrera a la Confederación General del Trabajo y el de la patronal a la Confederación General del patronato; esta disposición escolló en el Senado, que modificó profundamente el proyecto primitivo (1). La industria agrícola no está comprendida en la ley. El Senado se decidió por el arbitraje judicial, no gubernativo. Como fórmula provisoria se estableció en el texto definitivo un artículo que importa una delegación de funciones; por dicho artículo el gobierno fué autorizado, hasta la clausura de la sesión ordinaria de 1937, a reglamentar los procedimientos.

Acaso es más revelador aún el artículo 5º: "el arbitraje tendrá por objeto establecer un arreglo equitativo de las condiciones del trabajo a fin de crear, en los lugares de empleo, una atmósfera de colaboración en el respeto de los derechos mutuos de las partes: derecho de propiedad, derecho sindical, libertad individual, libertad de trabajo, libertad sindical". La aparente conformidad en la proclamación de estos principios encubre enconadas discordias que han de volver a estallar de nuevo. Derecho de propiedad: los patronos, el Senado, buena parte de la opinión pública al leer la afirmación de este derecho lo interpreta como una condenación de las ocupaciones de usinas que considera y con razón, ilegales, y además atentatorias contra la propiedad. Los sindicalistas, los socialistas, buena parte de las masas obreras y de los políticos de izquierda, interpretan de otro modo el suceso, creen asistir al alumbramiento de un nuevo concepto de la propiedad, por lo menos de la propiedad de los medios de producción: "un estatuto nuevo se elabora. Enfrente al derecho de propiedad, que nada pierde con usar sin pretender abusar, se instituye un derecho del trabajo". La frase es de Herriot. La usina "neutralizada" no es ya la propiedad del patrón; no lo es tampoco del obrero. Nadie dispone de ella para la producción mientras no sobrevenga un acuerdo que esclarezca y defina dere-

(1) Ver en Pic: De l'accord Matignon a la loi sur l'arbitrage obligatoire, un resumen de la discusión.

chos. Hay una interpretación que lo reduce a un problema de táctica: las ocupaciones de usinas y talleres no importan sino la aplicación de un medio coercitivo más inventado para impedir el reemplazo de los huelguistas, tan fácil en épocas de paro más o menos intensa. Pero, si se piensa en la extensión y popularidad del movimiento, tal recurso no aparece muy convincente (1). Los marxistas ven en ese fenómeno un paso hacia la expropiación colectiva de los instrumentos de producción. Véase qué profundas divergencias laten violentamente bajo una afirmación tan simple. Iguales contradicciones se ocultan en todos y cada uno de los principios. No entienden de la misma manera el derecho sindical, la libertad individual, la libertad de trabajo, la libertad sindical, los patronos, los obreros, los sindicatos, los políticos de izquierda o de derecha. Trátase, pues, de una ley transaccional, que deja abiertos interrogantes de vital interés. Es, considerada en el alcance presente de sus fórmulas, una ley de paz social y de colaboración de clases, tendiente a estabilizar las conquistas de la clase obrera en la legislación anterior, abriendo una pausa indispensable para elaborar fórmulas permanentes y estables, henchidas de un nuevo espíritu.

V

De hecho, el gobierno de Blum, poco después, apremiado por las difíciles condiciones económicas y financieras, proclamaba un "alto" en el camino de las reformas, con el propósito de permitir al país asimilar, "digerir" las innovaciones anteriores. En pocos meses, el derecho laboral había sufrido profundos cambios cuyas consecuencias se desenvolverán largamente en el futuro. Su trascendencia se agrandaría aún si, ensanchando las perspectivas contemplamos el panorama de conjunto en el que se sitúan integrado por otras leyes de no menor alcance: la lucha contra las oligarquías financieras, la elevación a 14 años del límite mínimo de es-

(1) L'occupation des usines et le droit français par Albert Buisson. Revue de deux mondes, 1936.

colaridad obligatoria. El radio de acción de las leyes sociales ha sido en parte extendido al rico imperio colonial francés; en Indochina, en Africa Occidental, en la Martinica, Guadalupe, Guayana, Nueva Caledonia, India, Somalia, Africa Ecuatorial, Madagascar se han dictado decretos reglamentando el trabajo indígena, el de niños y mujeres, prohibiendo el trabajo obligatorio, fomentando las organizaciones sindicales y las convenciones colectivas, estableciendo salarios mínimos (1).

Esta legislación surgió del pacto de dos grandes grupos sociales bajo el arbitraje gubernativo para luego ser sancionada por las cámaras. Nunca la vida sindical se había demostrado en Francia tan vigorosa y creadora. Sale de la prueba aun más fortalecida, y rica en posibilidades y esperanzas. Es el hecho capital de la época en materia de política social. "No sería posible exagerar la importancia que tiene en el desenvolvimiento del derecho obrero, escribe Jules Lautmann, el hecho de que espontáneamente el sindicalismo obrero se sienta suficientemente fuerte para aceptar el principio de la solución pacífica de los conflictos. Que la confederación obrera declare que acepta un procedimiento de conciliación y de arbitraje obligatorios para arreglar los conflictos del Trabajo, medidas que llegan evidentemente a restringir el alcance y la libertad del derecho de huelga, y que recientemente aun había combatido con violencia, he ahí un acontecimiento que atestigua una profunda modificación en el espíritu con el cual los medios obreros enfocan el problema social. Es que el desenvolvimiento del sindicalismo, la acrecentación de las fuerzas del grupo, traen un desenvolvimiento de la noción de responsabilidad al mismo tiempo que una acentuación de la conciencia cada vez más nítida de los deberes y derechos del grupo. Débil, el sindicalismo ve en la lucha social un medio para arrancar las conquistas obreras. Fuerte, el sindicalismo se siente en igualdad de condiciones para negociar y para inclinarse ante la ley y acatar la reglamentación pacífica de los conflictos. La autoridad sindical

(1) Fernand Maurette. Un an d'experience française.

se desenvuelve al tiempo que se multiplican los efectivos sindicales y da un alma diferente a la agrupación profesional así constituida". La tendencia al monopolio, destructora de la libertad sindical, no ha cristalizado, afortunadamente, en los textos legales.

Ha aparecido una modalidad de la huelga que, a pesar de tener antecedentes, puede considerarse nueva y preñada de consecuencias. Se ha abierto paso a una noción más amplia de la naturaleza y fines del convenio colectivo de trabajo. Se aspira a que se entrecruce en toda la nación una red de convenciones colectivas, abrazando industria, comercio y agricultura y que, al mismo tiempo que en ellas se inscriban y consoliden las conquistas obtenidas y apunten otras nuevas, se prevean desinteligencias y conflictos, siendo un poderoso factor en la organización económica nacional. La creciente amplitud de funciones y de autoridad del Consejo Nacional Económico, recientemente reorganizado, su colaboración en el establecimiento del nuevo régimen legal, es también un hecho de la mayor importancia. Se ha vigorizado la vida sindical, gravitando los grupos sociales organizados, como nunca hasta el presente, en el desenvolvimiento del derecho y en la creación de un nuevo estado jurídico. El convenio colectivo se perfila, cada día con mayor evidencia, como la fórmula del porvenir. El Sindicato es el alma del convenio colectivo, no el sindicato acampado en actitud de abstención política y revolucionaria dentro del Estado, sino el sindicato encuadrado en el orden jurídico, sin por eso ser absorbido por el estado mismo, como en los países totalitarios.

Paul Pic en la "Revue Politique et Parlementaire", Coste Floret en la "Revue Critique de Legislation et Jurisprudence", entre otros, han señalado las fallas de estas leyes, sus defectos técnicos, las dificultades económicas que ha suscitado su aplicación inmediata, las discordancias y omisiones que denuncian el apresuramiento febril con que fueron redactadas. Las dificultades económicas creadas por la nueva legislación aún no han sido conjuradas y, a consecuencia de ellas nuevas inquietudes se manifiestan en las cla-

ses obreras. Bajo la presión de esos conflictos se apresura la revisión de esta legislación recién creada y se anuncia un nuevo Código de Trabajo. La más fundamental de esas críticas en el aspecto jurídico es la que muestra una peligrosa tendencia estatal, cristalizada en la ingerencia y atribuciones excesivas conferidas al Ministerio de Trabajo. Sin perjuicio del papel arbitral que necesariamente incumbe al poder público, es preferible que la ley profesional emane del seno de la profesión. Individuo; grupo profesional; estado; he ahí los tres elementos que buscan su equilibrio para consolidar las bases de un orden nuevo. En los países totalitarios el problema no se plantea siquiera. La confiscación radical de libertades y derechos que realiza el Estado deificado y omnipotente torna vana la discusión. En los países democráticos la hipertrofia del poder público constituye una amenaza gravísima. En lugar de los derechos del hombre y del ciudadano, escribe con ironía Florian Delhorbe, se proclaman los derechos del hombre y del Sindicato. Economía dirigida, planificaciones, nacionalización industrial, arbitraje obligatorio; en la extensión de todas esas fórmulas acecha un íntimo peligro que urge poner de relieve, no para detener las experiencias y cambios que reclama la perturbada sociedad presente, sino para afanarse para obtener todas las conquistas y mejoras sociales dentro de un ambiente que no acarree la desvalorización de los derechos del individuo, sino su valorización, y sin destruir las libertades que son como el oxígeno de nuestra vida espiritual y cívica. Hay que cavar cada vez más honda la diferencia entre una sociedad democráticamente organizada y un rebaño totalitario. Hace pocos días, Chautemps, en un discurso elocuente, señalaba ese peligro. Hay pues, vigías alertas, capaces de pilotear entre tantos escollos la nave. Las leyes de lo que se ha llamado el New-Deal francés —sobre las cuales planea sin duda la influencia de la experiencia norteamericana,— marcan, con estas reservas, una nueva iniciativa vigorosa para buscar soluciones profundas al problema social, preparando en paz el advenimiento de un orden social más justo y más humano que el presente.

Gustavo Gallinal.

ENSAYO DE UNA NUEVA CLASIFICACION DE LAS CIENCIAS

Se han hecho muchas clasificaciones de las ciencias; aunque todas son distintas se puede, sin embargo, analizándolas, encontrar que la mayoría de ellas tiene también algo de común, es decir que está hecha sobre la base de un esquema invariable a partir del cual los distintos autores hacen algunas variaciones. En este esquema, base de la mayoría de las clasificaciones, se colocan primeramente las ciencias matemáticas, consideradas las más exactas de todas; luego se colocan las ciencias de exactitud menor, como la física, la química, la geología, la astronomía, etc.; finalmente, están las ciencias menos exactas de todas, o sea las ciencias que estudian los seres vivos, que en su conjunto forman la biología, a la cual se pueden agregar las ciencias que estudian las agrupaciones humanas como la sociología y la historia. Pero se pueden agrupar la física, la química, la astronomía, la geología, etc., bajo el nombre general de ciencias físicas, que serían las que estudian la materia y el movimiento en todos los casos en que no se producen los fenómenos especiales que caracterizan la vida. De la misma manera se pueden agrupar bajo la denominación de ciencias biológicas no sólo el conjunto de ciencias que forman la biología propiamente dicha, sino también a las ciencias que estudian las agrupaciones humanas, que al fin no son sino fenómenos biológicos. Tendríamos entonces que el esquema de la mayoría de las clasificaciones de las ciencias es éste: ciencias matemáticas, ciencias físicas, ciencias biológicas.

Es evidente que las personas de cierto temperamento intelectual preferirán mejor dividir las ciencias biológi-

cas en biología propiamente dicha y luego historia, sociología, etc.; y también, siguiendo más adelante ese criterio de menor aprecio por las ciencias más exactas se podrían reunir en cambio las matemáticas con la física formando así las ciencias físico-matemáticas; pero estas modificaciones no serían de mayor importancia.

Repitiendo y resumiendo: la mayoría de las clasificaciones corrientes de las ciencias se basan en el criterio de ir de lo más exacto a lo menos exacto y se pueden esquematizar así: matemáticas, ciencias físicas, ciencias biológicas. Ahora bien: yo creo que se pueden hacer a este criterio dos objeciones: la primera consiste en que no incluye la metafísica, y creo que la metafísica debe ser incluida entre las ciencias. En realidad ya algunos autores han considerado la metafísica como ciencia, pero no se la incluye en las enumeraciones corrientes. Las principales características que debe tener una ciencia son dos: 1º) debe tener un método propio que permita llegar a lo que se llama la certeza, la evidencia o la verdad; 2º) debe tener una serie de problemas importantes que le sean encomendados y que deba solucionar. Se puede mostrar que la metafísica no sólo reúne esas condiciones, sino que las tiene en alto grado, quizá en más alto grado que todas las otras ciencias, por lo cual se la podría considerar la más importante de todas las ciencias. Tratemos de mostrar la existencia, en la metafísica, de la primera de dichas características, es decir que la metafísica tiene un método para llegar a la verdad, y aun que es más seguro que los métodos de las demás ciencias. En efecto, hay una serie de verdades metafísicas que son evidentes por sí mismas, tales como el principio de causalidad: "Todo cambio tiene una causa". Esto es una verdad evidente por sí misma, un axioma. En realidad, dejando de lado la mala metafísica, y despojando por otro lado la metafísica de todas las consideraciones accesorias, se puede decir que la metafísica está formada exclusivamente de axiomas; en otros términos, lo esencial de la buena metafísica son exclusivamente axiomas. Esta aserción por ca-

tegórica que parezca, está basada en desarrollos que no tendrían su lugar aquí. Por ahora, solamente comparemos la metafísica con las matemáticas, consideradas las ciencias más exactas. En las matemáticas hay axiomas, o sea verdades inmediatas y evidentes por sí mismas, y otras verdades mediatas, que se demuestran por teoremas, y que son evidentes no por sí mismas, sino por la intervención de otras verdades intermedias que intervienen en las distintas etapas del teorema. Es indiscutible que es más verdadero el axioma que la verdad mediata; pero, en vista de que la metafísica está formada de axiomas, es claro que la metafísica es más exacta y tiene un método superior al de las matemáticas, consideradas habitualmente las más exactas de las ciencias; y sólo sería la metafísica comparable a las matemáticas que procedieran sólo por axiomas, que no existen.

En cuanto a la segunda característica, es indiscutible que la metafísica está encargada de resolver problemas de gran importancia; quizá de más importancia que los que resuelven las demás ciencias. A la metafísica está encomendada la solución de dos tipos de problemas: unos son problemas de carácter puramente intelectual y otros, sin dejar de tener carácter intelectual tienen además y fundamentalmente un carácter afectivo, sentimental. En el primer grupo de problemas está, por ejemplo, el problema del origen del mundo. Este es evidentemente un problema muy importante para la razón, para la inteligencia; quizá de los más importantes; y sin embargo sólo la metafísica puede resolverlo, o por lo menos plantearlo y tratar de resolverlo; por esto sólo tiene ya la metafísica una misión importante. Con respecto a esta afirmación de que sólo a la metafísica concierne el problema del origen del mundo, hay que recordar que las ciencias físicas han pretendido a veces resolver este problema, pero esta tentativa es completamente absurda; lo más a que pueden llegar es a la existencia de un mundo informe primitivo, pero esto no aclara nada porque se plantea el mismo problema con respecto a ese mundo informe primitivo; y por otra parte no bastaría explicar solamente el

origen del mundo material, sino que hay que explicar también el del espiritual, en el cual con más razón sólo la metafísica puede dar luz. El segundo tipo de problemas son los de carácter sentimental, en los cuales tenemos no sólo gran interés en la solución, sino también gran deseo de que se solucionen en un sentido determinado, a diferencia de lo que sucede con los problemas de carácter intelectual, en que tenemos un interés que es sólo curiosidad en conocer la solución pero no nos interesa que sea una u otra. En este segundo grupo están, por ejemplo, los problemas de la inmortalidad del alma y la existencia de la justicia suprema, que todos deseamos intensamente que se resuelvan en sentido afirmativo. En cuanto al problema de la inmortalidad del alma, la metafísica sola puede abordarlo; las ciencias experimentales lo han abordado también pero en una forma errónea, puesto que sólo podrían demostrar la supervivencia después de la muerte del cuerpo, lo cual no es la inmortalidad.

En cuanto al problema de la existencia de la justicia suprema, consistiría en saber si además de la justicia perceptible, tan incompleta e inexacta habría otra justicia trascendente que la complementara y la enmendara. Este problema es de gran importancia, y aquí ni siquiera se ha intentado por las ciencias experimentales una solución, ni siquiera podría intentarse, de modo que el planteamiento y la posible solución de este problema también quedan encomendados a la metafísica.

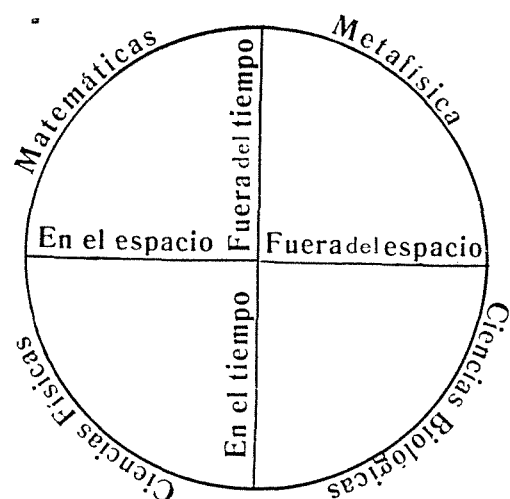
Hay que recordar que habitualmente la solución de estos problemas intelectuales y afectivos de que hablamos, sobre todo de estos últimos, se encomienda a la religión, a la fe; pero hay que tener en cuenta que la evidencia a que puede llegarse por la fe sólo satisface a una parte de las personas; y por otro lado, el hecho de que determinado problema sea resuelto por la fe no exime a la ciencia a la cual corresponde ese problema de la tarea de resolverlo o tratar de resolverlo por los métodos científicos.

Con respecto a los problemas del origen del mundo, inmortalidad del alma, justicia suprema, etc., se pueden tomar tres actitudes: 1ª) resolverlos por la religión; esta solución sólo satisface a las personas capaces de fe; 2ª) reconocer como único criterio para alcanzar la verdad el criterio de las ciencias experimentales, como las ciencias físicas, etc., y por tanto los problemas que no pueden ser abordados por esas ciencias dejarlos sin solución, desinteresarse de ellos, actitud absurda y quizá la más habitual; 3ª) tratar de resolverlos por la metafísica, y mismo tratar de perfeccionar la metafísica en el sentido de resolverlos, si se constata que la metafísica en su estado actual no es suficiente para esa tarea.

Resumiendo: la metafísica por su método y por los problemas que trata debe ser incluida entre las ciencias, y mismo antes que las matemáticas, de modo que podemos corregir la clasificación corriente de las ciencias para que quede libre de la primera de las objeciones que pueden hacersele, y tendríamos esta clasificación: Metafísica, Matemáticas, Ciencias físicas, Ciencias biológicas.

Veamos otra objeción que puede hacerse a la clasificación corriente de las ciencias y también a la clasificación que acabamos de enunciar en que se incluye la metafísica. La objeción consiste en que estas clasificaciones son lineales o divergentes, es decir que parten del principio de que las ciencias en ese orden van de la más exacta a la menos exacta y que la biología es la menos exacta de las ciencias. Pero en realidad si se puede decir que la física es menos exacta que las matemáticas y la biología menos exacta que la física, es en sentido objetivo solamente; es decir que el que observa de afuera un ser vivo tiene razón en afirmar que su evolución, sus movimientos y las causas que los rigen son más difíciles de reducir a leyes que los movimientos de los cuerpos inanimados. Pero hay que sobreagregar el criterio subjetivo según el cual ya que nosotros, los observadores, somos seres vivos, y nos conocemos a nosotros mis-

mos mejor que a los cuerpos inertes, por comparación podemos concebir también mucho mejor subjetivamente a un ser vivo que a uno inerte. De modo que con este criterio subjetivo la biología es mucho más exacta que la física, porque podemos comprender mucho mejor a los seres vivos por analogía con nosotros. De modo que habría que buscar una clasificación que tuviera en cuenta por un lado el hecho de que la transición de las cuatro ciencias se hace en el orden que ya hemos establecido y por otro lado que la biología vuelve a tener exactitud mayor que la física desde el punto de vista subjetivo, y en este sentido debe aproximarse a la metafísica, que es la ciencia de más exactitud subjetiva. Esto se puede conseguir solamente con la que yo llamo clasificación circular de las ciencias y que puede expresarse por el siguiente esquema:



En este esquema se ha tenido en cuenta también una característica importante de cada una de las cuatro ciencias fundamentales, es decir los relaciones de esas ciencias, o mejor dicho de los objetos que estudian, con el tiempo y el espacio. Las dos ciencias que están arriba, o sea las matemáticas y la metafísica, tienen su objeto fuera del tiempo, y las

dos ciencias que están abajo, la física y la biología, tienen su objeto dentro del tiempo. Las dos ciencias que están a la derecha, la metafísica y la biología, tienen su objeto fuera del espacio, y las dos que están a la izquierda, matemáticas y física, tienen su objeto dentro del espacio. O dicho de otro modo: 1º) La metafísica tiene su objeto (el absoluto, la nada, etc.) fuera del tiempo y del espacio. 2º) La física tiene su objeto (cuerpos terrestres, astros, etc.) dentro del tiempo y del espacio. 3º) Las matemáticas tienen su objeto (triángulos, líneas, etc.) dentro del espacio pero no en el tiempo porque para un triángulo por ejemplo, en la forma en que lo ven las matemáticas, no hay antes ni después, no tiene sentido el tiempo. 4º) El objeto de la biología está, no totalmente fuera del espacio, porque los seres vivos tienen forma, pero sí sólo accesoriamente en el espacio, porque la forma en el espacio no interesa para caracterizar la vida, lo que interesa para caracterizar los seres vivos es la manera especial que tienen de cambiar, pero eso tiene sentido solamente en el tiempo, por eso los seres vivos, en tanto que seres vivos, están solamente en el tiempo.

Falta en esa clasificación dar lugar a las demás ramas de la filosofía. Este lugar está entre la metafísica y las ciencias biológicas. En efecto: veamos por ejemplo el caso de una de las ramas de la filosofía, la moral: esta ciencia no es más que la aplicación de determinados principios metafísicos a la dirección de los actos humanos. Claro está que también puede entenderse por moral el estudio de los actos humanos como hechos, en el cual caso entran dentro de las ciencias biológicas junto con la sociología y la historia.

Lo mismo las demás ramas de la filosofía pueden considerarse aplicaciones de distintos principios metafísicos a diversos aspectos de la actividad vital humana.

ESQUEMA DE UNA METAFISICA

Antes de entrar en la metafísica diré algunas palabras como introducción a la filosofía. Los temas esenciales de la

introducción a la filosofía son los siguientes: 1º) valor de la filosofía; 2º) relaciones de la filosofía con las demás ciencias; 3º) problemas que trata la filosofía; 4º) las ramas de la filosofía. Sobre los dos primeros temas ya he tratado en el artículo anterior.

En cuanto a los problemas que trata la filosofía, dije que pueden dividirse en los que son puramente intelectuales y los que además son afectivos. Los problemas fundamentales de la primera categoría son dos: el problema del origen del Universo y el problema de la estructura del Universo. Aquí se entiende por Universo la totalidad de lo existente, es decir el mundo material más el espiritual. Lo principal de la metafísica consiste en el estudio de esos dos problemas. En cuanto a los problemas afectivos, que estudiaremos en las demás ramas de la filosofía, son, como ya dijimos, aquellos en que deseamos que la solución sea una determinada; por tanto se conseguirá determinar la totalidad de esos problemas determinando la totalidad de los deseos humanos. Creo que los deseos humanos esenciales, dentro de los cuales quedan comprendidos todos los deseos particulares, son cinco, dejando de lado por ahora los deseos de carácter fisiológico: 1º) inmortalidad; 2º) justicia; 3º) amor; 4º) felicidad; 5º) perfección. Debo aclarar qué entiendo por deseos de perfección. Es evidente que nadie desea ser por ejemplo insecto, aunque ese insecto sea completamente feliz, inmortal, etc.: todos deseamos más ser hombres que insectos; pero ese deseo no se satisface todavía y hace que deseemos ir aún más allá en esa dirección y sobrepasar si fuera posible nuestra personalidad; eso es lo que llamo deseo de perfección.

En cuanto a la totalidad de las ramas de la filosofía, creo que son las once siguientes: historia de la filosofía, metafísica, moral, psicología, lógica, filosofía de derecho, filosofía de la historia, filosofía de las religiones, estética, filosofía de la naturaleza o filosofía de las ciencias y política.

Entraré, ahora, en la metafísica, dejando para otro momento la exposición de algunas ideas sobre las demás ramas de la filosofía y sobre los problemas de carácter

afectivo. En cuanto al problema del origen del Universo, hay que tener ante todo en cuenta que el Universo está formado de seres y de cualidades o atributos de esos seres. Trataré de fundar la metafísica sobre axiomas, dando a la palabra axioma el mismo sentido que se le da en matemáticas, es decir verdades evidentes por sí mismas y que no tienen ni necesitan demostración. Hay dos axiomas conocidísimos y que creo que deben ser la base de la metafísica: uno de ellos se refiere a los seres y es el siguiente: "todo lo que existe tiene su causa"; otro se refiere a las cualidades y es el principio de identidad o sea: "todo ser es igual a sí mismo"; este axioma se refiere a cualidades puesto que a la cualidad esencial de todo ser es la igualdad consigo mismo. Pero hay otros axiomas en la metafísica, unos referentes a seres y otros a cualidades. Comencemos por los referentes a seres. En primer término está el axioma ya enunciado: "todo lo que existe tiene una causa". A ese axioma le llamaremos primer axioma de la metafísica o axioma I. Pero recordemos que la causalidad puede ser de dos tipos: simultánea o sucesiva. Supongamos primero, que el axioma I lo entendemos en el sentido de causalidad sucesiva, y supongamos también que ese axioma lo aplicamos a la totalidad de los seres. Entonces la existencia de cada ser necesita la de otro, y la de éste requiere la de un tercero, y así hasta el infinito. De modo que la existencia de un ser requeriría como condición la existencia de una cantidad infinita de otros seres. Pero como la realidad del infinito es imposible, de aquí deducimos que nada puede existir, o sea que nada existe, o sea que sólo la Nada existe. Estas proposiciones: "Nada existe" y "Sólo la Nada existe" son equivalentes. A la última "Sólo la Nada existe" le llamaremos segundo axioma de la metafísica, o axioma II. Una vez que admitimos que sólo la Nada existe, si queremos admitir la existencia de un ser, podemos aplicar el principio de causalidad o axioma primero en sentido sucesivo como en el caso anterior, pero en vez de aplicarlo a todos los seres aplicarlo sólo al ser cuya existencia queremos admitir; sólo así podemos llegar a la exis-

tencia de ese ser; en esta forma podemos retroceder el camino andado y del axioma II podemos pasar al axioma I. Pero también del axioma II podemos marchar en otro sentido y llegaremos a la conclusión de que, ya que sólo la Nada existe, para admitir la existencia de algún ser tenemos que admitir necesariamente la existencia de otro ser que le sea contrario, que lo anule; de aquí llegaremos a la siguiente proposición: "Cuando un ser existe, existe necesariamente otro ser que le es contrario". A esta proposición llamaremos tercer axioma o axioma III. También podemos hacer marchar el pensamiento en sentido contrario, y del axioma III pasar al axioma II en la siguiente forma: ya que cuando un ser existe, existe necesariamente otro ser que le es contrario, resulta que todos los seres quedan anulados y por tanto sólo la Nada existe. Creo que el axioma II y el axioma III, lo mismo que el pasaje del II al III y del III al II es lo esencial y más difícil de la Metafísica; para comprender eso no basta con lo expuesto sino que hay que meditar personalmente. El pasaje del axioma II al III explica la creación de Seres espontáneamente; sin la intervención de nada extrínseco, de ningún poder trascendente; sólo falta ahora explicar como esos Seres primarios, por así decirlo, pasan a ser los Seres que realmente existen. Creo que la metafísica debe empezar por el axioma II, el axioma III y los pasajes respectivos; ese es el único modo de empezar por el principio es decir por la Nada. Si se empieza por otro lado se empieza presuponiendo la existencia de algo, y ese algo se deja sin explicación. Esta es la objeción fundamental que se puede hacer a la dialéctica hegeliana; se empieza por admitir la existencia de Ser y luego el Ser sufre el proceso dialéctico y da lugar al Universo; pero no se explica el origen del Ser; es cierto que Hegel lo considera idéntico a la Nada, pero la identificación es desmentida cuando se hace sufrir al Ser el proceso dialéctico, puesto que la Nada no lo podría sufrir en esta forma. La misma objeción se puede hacer a Spinoza, que empieza admitiendo la Sustancia. Pero de todos modos Hegel y Spinoza son los que han llegado más profundamente en este

sentido; puesto que el Ser hegeliano y la Sustancia de Spinoza, son muy poca cosa; son los filósofos que presuponen menos. Fichte también ha llegado en este problema a una gran profundidad. Kant en este asunto es muy inferior a los tres nombrados puesto que parte de la existencia de un Universo completo; deja, pues, casi todo sin explicación.

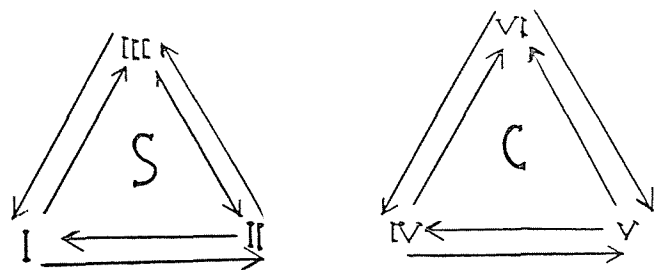
Volvamos al axioma III de la metafísica, para decir que es posible pasar de éste al axioma I y vice-versa. En efecto si "cuando un Ser existe existe necesariamente un Ser que le es contrario" entonces ese otro Ser lo podemos considerar la causa del tipo simultáneo del primero y por tanto llegaremos a la evidencia de que "todo lo que existe tiene su causa. Pero partiendo inversamente de que "todo lo que existe tiene su causa", y entendiendo la causa no en el sentido sucesivo como para pasar del axioma I al II, sino en el sentido simultáneo, podemos llegar a la conclusión de que todo ser tiene su causa simultánea o sea que "cuando un ser existe, existe necesariamente otro ser que le es contrario".

Pasemos ahora a los axiomas referentes a cualidades o atributos. El primero ya lo hemos enunciado, es el principio de identidad "todo ser es igual a sí mismo"; a este axioma le llamaremos cuarto axioma de la metafísica o axioma IV. Del principio de identidad podemos llegar a la imposibilidad de la existencia de atributos. En efecto: los atributos deben estar dentro o fuera de los seres. Pero dentro no pueden estar porque entonces serían parte del ser mismo. Fuera tampoco pueden estar porque entonces no serían atributos sino seres independientes. Por lo tanto llegamos a esta proposición: "ningún ser tiene atributos"; a esta proposición la llamaremos quinto axioma de la metafísica o axioma V. Del axioma V podemos, inversamente pasar al IV. En efecto, si "ningún ser tiene atributos" es evidente que "todo ser es idéntico a sí mismo". pero también del principio "ningún ser tiene atributos" podemos concluir que si algún ser tiene atributos estos serán contrarios entre sí y se neutralizarán mutuamente, de modo que el ser siga no teniendo atributos; de aquí llegamos a esta proposición: "si un ser tiene uno o va-

rios atributos, tiene necesariamente otro u otros atributos que son respectivamente contrarios a los primeros" a esta proposición la llamaremos sexto axioma de la metafísica o axioma VI. Del axioma VI podemos retroceder al axioma V; en efecto, si los atributos se anulan de acuerdo con el axioma VI, es evidente que los atributos no existen de acuerdo con el axioma V. Puede dudarse de que anularse y ser contrario sea lo mismo: sin embargo es así en metafísica; es distinto lo que sucede en el mundo material y de aquí puede venir la duda; esto lo aclararemos más adelante.

Finalmente podemos pasar del axioma VI al IV y del IV al VI. En efecto, si los atributos se anulan de acuerdo con el axioma VI, es evidente que todo ser es idéntico a sí mismo de acuerdo con el axioma IV, y si todo ser es idéntico a sí mismo es evidente que sus atributos deben anularse.

Podemos representar los seis axiomas esenciales y los respectivos pasajes con el siguiente esquema:



La letra S indica los axiomas referentes a los seres, o sea los axiomas I, II y III; la letra C indica los axiomas referentes a cualidades o atributos, o sea los axiomas IV, V y VI. Las doce flechas indican los pasajes recíprocos entre los distintos axiomas. Hay que observar que estos seis axiomas no son a primera vista evidentes por sí mismos y por otra parte a nadie se le ocurren espontáneamente. Pero reflexionando sobre ellos se vuelven evidentes por sí mismos; y por otra parte no es nada extraño que a nadie se le ocurran espontáneamente, puesto que exactamente lo mismo su-

cede con los axiomas matemáticos que salvo contadas excepciones, nadie los ve sino cuando los estudia.

Hemos visto que se puede pasar a cada uno de los axiomas partiendo de los otros dos que le son vecinos en el esquema; pero este pasaje no es necesario para la evidencia del axioma; cada uno de los seis es evidente por sí mismo independientemente de la verdad de los otros; ninguno de estos axiomas es una verdad mediata como la mayoría de las verdades de las matemáticas. Con esto termino de exponer lo esencial con respecto al primer problema de la metafísica; o sea el problema del origen del Universo. Con esto termina también la parte de la metafísica que se compone exclusivamente de axiomas.

Pasemos ahora al estudio del segundo de los problemas fundamentales de la metafísica, o sea el problema de la estructura del Universo. En el mundo material notamos que todo está en el espacio y en el tiempo. El espacio tiene tres dimensiones y en ellas se disponen los distintos elementos constitutivos de la materia. Cualesquiera que sean los componentes de la materia, es indiscutible que la propiedad esencial de ellos es la de ser todos iguales; de modo que la característica esencial de las dimensiones del espacio es la de separar seres iguales. El tiempo según el concepto admitido generalmente tiene una sola dimensión que separa el pasado del futuro; aclaremos en qué se diferencian el pasado y el futuro entre sí. El pasado y el futuro tienen: 1º) algo de igual, es la materia o sustancia que es siempre la misma. 2º) algo de diferente, que son los objetos que cambian según el momento. 3º) algo de contrario, que son ciertas cualidades de los seres que si existían dejan de existir y si no existían llegan a existir. Creo que la diferencia esencial entre el pasado y el futuro es esta última, de modo que la característica fundamental del tiempo es separar cualidades contrarias. Resumiendo: las tres dimensiones del espacio separan seres iguales, el tiempo separa cualidades contrarias. Es evidente que entendemos mucho mejor el mundo material que el espiritual; es posible que eso dependa de que el mundo mate-

rial lo ordenamos según dimensiones. Para entenderlo mejor, podemos dar al espíritu tres dimensiones, según la clásica división de las facultades del espíritu en tres: voluntad, inteligencia y sensibilidad. El carácter esencial de la voluntad es el pasaje del pasado del espíritu al futuro del espíritu; podemos considerar este cambio equivalente al paso del pasado al futuro de la naturaleza; y podemos admitir entonces una primera dimensión del espíritu que separaría cualidades contrarias y por tanto sería análoga al tiempo natural; a esta dimensión la llamaremos tiempo I o tiempo de la voluntad o tiempo de la acción, que es lo mismo que el tiempo natural pero en vez de estar en el mundo está en el espíritu. Podemos identificar esa dimensión de la naturaleza con la del espíritu y entonces el tiempo I además de ser sinónimo del tiempo de la voluntad o de tiempo de la acción, es también el tiempo natural.

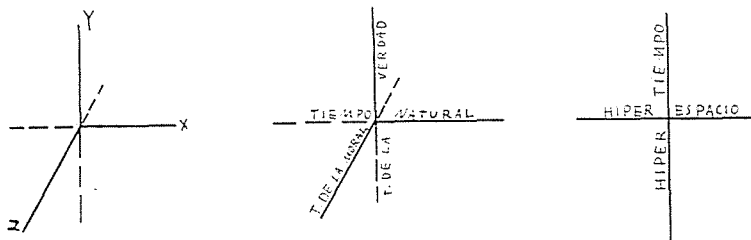
En cuanto a la inteligencia, su objeto es la verdad, o sea el acuerdo de lo subjetivo y lo objetivo; podemos considerar que, cuando se llega a la verdad, lo subjetivo y lo objetivo son iguales pero de signo contrario; podemos por lo tanto admitir una segunda dimensión del espíritu que separaría también cualidades contrarias, o sea lo subjetivo de lo objetivo; a esta dimensión la llamaremos tiempo II, tiempo de la verdad, tiempo de la inteligencia o tiempo subjetivo-objetivo.

En cuanto a la sensibilidad, su carácter esencial es el placer y el dolor. El placer y el dolor van necesariamente ligados en el espíritu, es decir que para experimentar placer hay que experimentar dolor y en la misma cantidad, y viceversa; esta es una consecuencia necesaria del axioma VI. A esa ley: "el placer y el dolor existen en el espíritu necesariamente en cantidades iguales" yo le llamo ley moral; en otro artículo explicaré por qué. Podemos admitir una tercera dimensión del espíritu que llamaremos tiempo III o tiempo moral; esta dimensión también separa contrarios o sea el dolor y el placer. Por lo dicho: el espacio tiene tres dimensiones que separan seres iguales y pertenece a la naturaleza; el tiempo tiene también tres dimensiones que separan cualidades

contrarias, y pertenece al espíritu, salvo el tiempo I que es común al espíritu y a la naturaleza. A las dimensiones que separan contrarios les llamaremos, por su analogía con el tiempo, dimensiones cronoides; a las dimensiones que separan iguales les llamaremos dimensiones estetoideas, derivada esta palabra de la palabra estética, que en una de las acepciones que le da Kant es el estudio del espacio.

Esta teoría del tiempo con tres dimensiones está basada en la de Bergson que admite dos tipos de tiempo; pero esos dos tiempos no son en realidad más que los dos aspectos, espiritual y natural, del tiempo I. Además de las seis dimensiones dichas, tres del tiempo y tres del espacio, debemos admitir otras dos dimensiones más: primeramente una dimensión cronoide, es decir que separa contrarios, y que es la dimensión que separa el espíritu de la materia. Admitiremos en adelante que la materia y el espíritu son dos contrarios surgidos de la Nada por el mecanismo del pasaje del axioma II al III; en realidad este pasaje sólo explica la formación de dos seres contrarios; pero demostrar que el espíritu y la materia son dos seres contrarios y que son precisamente formados de acuerdo con ese pasaje, no pertenece a la metafísica, de modo que por ahora lo admitiremos sin demostración. A esta dimensión cronoide que separa el espíritu de la materia le llamaremos, dado su carácter trascendente y su analogía con el tiempo: hipertiempo. Y finalmente otra dimensión estetoide que separa entre sí los distintos pares materia-espíritu. Aclaremos esto último: el pasaje del axioma II al III puede dar lugar a un par materia-espíritu; pero también puede dar lugar a otros pares, en total en número indefinido; el conjunto de esos pares forma el conjunto de todos los Universos posibles; como son iguales, la dimensión que los separa es estetoide; dado su carácter trascendente la llamaremos hiper-espacio. Creo que esta teoría que admite ocho dimensiones en el Universo aclara mucho la comprensión de éste; recapitulemos ahora sobre las ocho dimensiones para ponerlas en orden. Las ocho dimensiones pueden ser clasificadas de cuatro maneras distintas:

1) Podemos admitir tres dimensiones del espacio, tres del tiempo y dos hiperdimensiones; esto lo expresaríamos gráficamente así:



Este es el único medio de expresar gráficamente las ocho dimensiones, dividiéndolas así, porque es claro que sería imposible representar gráficamente en el papel un conjunto de más de tres dimensiones, y menos aún las ocho juntas.

2) Podemos dividir las dimensiones en hiperdimensiones y dimensiones propiamente dichas, siendo éstas en número de seis: las tres del tiempo y las tres del espacio.

3) Podemos dividir las dimensiones en cronoides y estetoides: las estetoides son cuatro, las tres del espacio y el hiper-espacio; las cronoides son también cuatro, las tres del tiempo y el hipertiempos.

4) Podemos finalmente dividir las dimensiones en dimensiones *que están en el Universo*, y que son siete, las tres dimensiones del espacio, las tres del tiempo y el hipertiempos; y una dimensión *en que está el Universo*, es el hiperspacio, que separa el Universo de todos los otros Universos posibles. Hay que hacer notar que cada par materia-espíritu es contingente pero, dado uno de los elementos del par, el otro elemento es necesario; así, dado el espíritu el mundo es necesario. Esto nos permite aclarar las antinomias tercera y cuarta de Kant. La tesis de la tercera antinomia dice que el mundo debe tener una causa libre; esto significa que el par espíritu-mundo puede o no existir. La antítesis dice que no hay libertad en el mundo; esto significa que dado el espíritu

el mundo debe existir necesariamente. La tesis de la cuarta antinomia dice que el mundo implica un ser necesario; se refiere al espíritu, porque no podría existir uno de los elementos del par si no existiera el otro. La antítesis dice que no existe ninguna causa necesaria del mundo; se refiere a que el par no tiene causa necesaria, es contingente. Pasemos ahora a establecer las relaciones que ligan entre sí las ocho dimensiones anteriormente dichas. Esa relación se establece por intermedio del infinitamente pequeño y del infinitamente grande. Antes de entrar a determinar el concepto de esos dos infinitos pasemos revista a los problemas clásicos a que dan lugar. El infinitamente grande tiene como carácter esencial el de no poder ser realizado; de allí que, en los casos en que se encuentre el infinitamente grande realizado se plantea el problema de como pudo realizarse. El infinitamente grande realizado se presenta en los siguientes casos: primeramente el pasado del tiempo es infinitamente grande; también es infinitamente grande la serie de causas que necesita un fenómeno actual para producirse, porque cada fenómeno exige una causa y ésta otra, y así hasta el infinito; ahora bien, estamos en el tiempo presente y existen los fenómenos actuales, luego se han realizado dos infinitamente grandes, el de la duración del pasado y el de la sucesión de los fenómenos que causan el presente. En caso de que el espacio y el mundo en cuanto a extensión, sean infinitos, tendremos otros dos infinitamente grandes realizados. A la realización de estos cuatro infinitamente grandes se refiere la primera antinomia de Kant; los problemas que plantean la tesis y la antítesis de esa primera antinomia se refieren a las cuatro realizaciones de infinito que hemos establecido: la tesis dice que el mundo es limitado en el tiempo pasado, y también en el espacio; la antítesis dice que el mundo es infinito en el tiempo pasado y en el espacio. En cuanto al infinitamente pequeño plantea también cuatro problemas. En primer término un problema que consiste en explicar cómo puede existir una cantidad apreciable de materia, si la materia está formada de partes infinitamente pequeñas. El segundo problema es igual al pri-

mero pero con respecto al espacio. A estos problemas se reduce la segunda antinomia de Kant. La tesis quiere decir que la materia se compone de partes simples, y la antítesis dice que todo es compuesto, o en otros términos, que la materia es infinitamente divisible. En realidad, resulta evidente la antítesis, siempre que podamos resolver los problemas que hemos planteado antes, explicar cómo lo infinitamente pequeño puede formar una cantidad apreciable. También a los problemas ya planteados se reducen los principales argumentos de Zenón de Elea. Uno de estos problemas consiste en saber cómo se puede construir la materia con partes infinitamente pequeñas; es exactamente el problema que ya planteamos. Otro de los problemas de Zenón de Elea consiste en explicar cómo se puede recorrer una distancia cualquiera, si para ello hay que recorrer primero la mitad, luego la mitad de lo que resta, etc.; aquí la dificultad está en que las divisiones llegan al infinito; de modo que este problema se reduce al primero que divide la distancia en infinitamente pequeños desde el principio. Lo mismo el problema de Aquiles y la tortuga; consiste en dividir la distancia que debe recorrer el primero en tal forma que resulte formada por un número de partes infinito; de modo que este problema se reduce al primero. Hay otros dos problemas referentes al infinitamente pequeño: uno es cómo estando los cambios, el devenir, formado por partes infinitamente pequeñas, puede así formarse una cantidad apreciable de devenir; y el otro es cómo puede pasar una cantidad apreciable de tiempo si el tiempo está formado de partes infinitamente pequeñas. Zenón de Elea también planteó problemas que en resumen, se refieren a estos dos últimos. Así es el caso del problema de Aquiles y la tortuga siempre que sacáramos la dificultad del espacio, diciendo que ese espacio puede recorrerse siempre que pase determinado tiempo; y la pasáramos al tiempo dividiéndolo en la misma forma.

En resumen, los cuatro problemas del infinitamente pequeño se reducen a uno solo: explicar cómo con infinitamente

tamente pequeños puede formarse una cantidad apreciable. Pero en realidad la solución está en tomar una cantidad infinitamente grande de esos infinitamente pequeños, de modo que todo se reduce a explicar la posibilidad de lo infinitamente grande.

En resumen, el infinito plantea ocho problemas, en los cuales están comprendidas las dos primeras antinomías de Kant y los principales problemas de Zenón de Elea. Esos ocho problemas se refieren a la posibilidad de la existencia de una cantidad infinitamente grande de tiempo pasado, de devenir pasado, de espacio, de materia, de partes infinitamente pequeñas de materia, de partes infinitamente pequeñas de espacio, de partes infinitamente pequeñas de tiempo y de devenir. En realidad estos ocho problemas se reducen a uno solo: ¿cómo puede existir una cantidad infinitamente grande? Este problema puede aclararse poniendo dos ejemplos de cómo se genera el infinitamente grande en matemáticas elementales. Primer ejemplo: supongamos una superficie de cuatro lados y de ángulos rectos; tendremos que, llamando S a la superficie, B a la base y A a la altura, resultará: $S = B.A$ o bien $\frac{S}{A} = B$.

Supongamos que mantenemos invariable la superficie y suprimimos la altura, entonces tendremos $\frac{S}{0} = B$. La base, por lo tanto, resultará infinitamente grande. En este caso una superficie, que tiene dos dimensiones, será equivalente a una línea infinitamente larga. Dicho en otros términos, el infinito será la expresión, en una dimensión, de lo que tiene dos dimensiones.

Segundo ejemplo: supongamos que un volumen de seis caras y con todos sus ángulos rectos, tendremos que llamarlo V al volumen, SB a la superficie de la base y A a la altura, resultará:

$$V = SB.A \text{ o bien } \frac{V}{A} = SB$$

Manteniendo invariable al volumen y haciendo igual a cero la altura tendremos: $\frac{V}{0} = SB$. La superficie de la base resultará infinitamente grande.

En este caso un volumen, que tiene tres dimensiones, será equivalente a una superficie infinitamente extensa. Dicho en otros términos el infinito en este caso será la expresión en dos dimensiones de lo que tiene tres dimensiones. Podemos por inducción, generalizar este concepto del infinito que hemos visto en los dos casos, y admitir que el infinitamente grande es la expresión, en un número determinado de dimensiones, de lo que tiene más dimensiones. De modo que así se explica cómo puede realizarse una cantidad infinitamente grande: se realiza existiendo en una o varias dimensiones más de las en que es infinita. Este concepto del infinitamente grande, aplicado a los ocho problemas del infinito que hemos planteado, permite resolverlos. Así por ejemplo si el mundo material es infinito en las tres dimensiones del espacio y en el tiempo, eso significa simplemente que además de esas cuatro dimensiones tiene una o varias dimensiones más. Con esto he dicho lo que me proponía sobre los dos problemas esenciales de la metafísica o sea el del origen del Universo y el de la estructura del Universo.

Otros problemas que se incluyen habitualmente en la metafísica creo que no pertenecen a ella, así el problema de la existencia de Dios pertenece más bien a la Filosofía de las Religiones, el problema del conocimiento pertenece a la Psicología y a la Lógica.

El estudio del problema del origen del Universo lo he basado sobre axiomas, en cambio las explicaciones de la estructura del Universo las basé en parte sobre los mismos axiomas; en parte sobre la inducción como cuando conseguí del concepto del infinito de una y dos dimensiones al concepto del infinito de mayor número de dimensiones; y en parte sobre la experiencia puesto que sólo la experiencia nos puede revelar que el mundo material y el mundo espiritual existen; la metafísica sólo puede admitir la posibilidad de esas existencias como cuando dice en el axioma III: "Si algún ser existe...".

Carlos Vaz Ferreira (hijo)

EDUCACION

NOTAS DE UN CURSO DE SEMINARIO

*Soluciones impuestas por la
novedad de la labor en nuestro
medio.*

Por tratarse de una experiencia a penas comenzada a entrañarse en nuestra realidad, vale la pena detenerse a medir el ritmo a que han debido ajustarse sus primeros pasos, y saber cuales son, por ello, nuestras verdaderas posibilidades al respecto.

Trátase de un Curso de Seminario a mi cargo sobre Derecho Indiano, y de su iniciación, en el año 1935, en nuestra Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, visto todo ello a través de las partes sustanciales del informe que produjo sobre su primer año de funcionamiento.

El tema objeto de estudio fué el siguiente: "La condición jurídica, social, económica y política de los negros en la Banda Oriental durante el coloniaje".

Concurrieron a las clases, en promedio, unos diez alumnos, pues la asistencia osciló durante el año entre un minimum rara vez inferior a siete y un maximum rara vez superior a quince.

No todos los asistentes tomaron parte personalmente en tareas de investigación, y sobre ello deseo dar una explicación. Desde los primeros momentos me consultaron algunos de ellos sobre si se les permitiría concurrir al curso en calidad de oyentes y, eventualmente, como colaboradores accidentales pero no sujetos a una obligación estricta, dándome

como fundamento de su solicitud, por una parte su interés por la materia y por ir siguiendo el resultado de las investigaciones a medida que ellas se fueran reflejando sobre la labor de la clase, y por otra, la falta de tiempo libre, en sus horarios, para dedicarse con la necesaria responsabilidad, a trabajos sistemáticos de investigación. No vacilé en evacuar afirmativamente la consulta, pues pensé que si ello hubiera difícilmente sido admitido en los medios universitarios europeos, en los cuales la densidad de cultura y la existencia organizada desde tiempo inmemorial de especialistas formados en disciplinas rígidas de labor científica aseguran el advenimiento de nuevas generaciones dispuestas a seguir idénticos caminos de severidad y permiten ser exigentes con los que se inician hasta llegar a las selecciones más depuradas, en nuestro país y en los comienzos, como se está, de la instauración de cursos universitarios destinados a investigación de los alumnos, el criterio, en vez de exclusivamente selectivo, debe ser todavía preferentemente atractivo: debe crear costumbres que no existen, interesar en esas tareas a la mayor cantidad posible de elementos, hasta que, poco a poco, los niveles puedan irse elevando sin saltos excesivamente bruscos, que alejarían por el descorazonamiento a más de un estudioso de capacidad, pero todavía inadaptado a los nuevos modos de conducta que comporta la vida del puro investigador.

Admití, pues, en la clase, todos los grados de colaboración: desde la mínima, representada por la asistencia movida por el afán de seguir de cerca las investigaciones y su comentario hecho en el aula, hasta la del alumno que tomó sobre sí, personalmente, tareas permanentes de investigación, pasando por los que se comprometieron a efectuar tales o cuales búsquedas determinadas, y los que traían frecuentemente el aporte del libro o del documento utilizables, hallados sin previo compromiso, pero evidenciando su preocupación por el desarrollo del curso a cuyo éxito se sentían deseosos de contribuir.

Organización del trabajo.

Desde el comienzo del curso se fijó un solo día por semana para las clases, a fin de dar tiempo a que en los días restantes pudieran dedicarse los alumnos a sus tareas de investigación en los diversos archivos y bibliotecas en que, dada la índole de la labor emprendida, debían realizar sus búsquedas. Indiqué como lugares de investigación o repositorios documentales para esta clase de estudios, los siguientes archivos: General de la Nación, de la Escribanía de Gobierno y Hacienda, y del Juzgado L. de lo Civil de 1.er turno.

Posteriormente pensé en la posibilidad de ensanchar el campo de las búsquedas llegando hasta los Archivos de los Juzgados del interior, en cuanto ello estuviera al alcance de nuestros medios, pues ellos ofrecen un interés que es fácil adivinar, y que puede medirse, en lo relativo al único de ellos cuyo material correspondiente al coloniaje ha sido publicado, compulsando los libros del Dr. Atilio C. Brignole sobre la justicia en la Colonia.

Determinado así el campo de las posibilidades de trabajo para el curso en materia de archivos, se inició la distribución del mismo entre los alumnos.

Fuera de la labor relativa a los archivos y en especial a los que se han indicado, la bibliográfica, en la parte de la formación de una bibliografía fundamental para el curso, estuvo a cargo del Profesor, que adelantó lo más importante de ella en los comienzos y la fué completando luego a lo largo del año, haciendo las explicaciones y comentarios pertinentes; y en la parte correspondiente al fichado de las obras indicadas, a cargo de casi todos los alumnos en general, pues a esta clase de trabajo se prestaron, aunque a veces en una medida mínima, casi todos los asistentes al curso. Lo mismo en cuanto a la búsqueda misma de muchos de los libros señalados, casi siempre dificultosa y tantas veces imposible hasta el momento, dada la pobreza bibliográfica de nuestro medio.

Metodología.

Fácilmente puede inferirse, a través de lo expuesto, el criterio metodológico que ha presidido el desarrollo del curso, en algunos de sus aspectos.

Debo, con todo, dar a conocer ordenadamente sus directrices fundamentales.

Desde luego, traté de reducir al mínimum razonable la parte de labor que al profesor pudiera corresponder en la búsqueda directa de los materiales que fueran susceptibles de un acceso inmediato para los alumnos, y las tareas de copia y de fichado a que pudieran dar lugar, a fin de no sustraer a la actividad de éstos nada de lo que fuera propio para estimular su laboriosidad y despertar su sentido de la investigación.

Tomé a mi cargo, en cambio, de modo permanente, en la orientación del curso, no sólo la enseñanza de las técnicas propias de la investigación, a que más adelante tendré que aludir, sino también el suministro de una cultura especial del tema objeto de estudio, exponiendo y comentando sus datos esenciales y los problemas que él plantea, y relacionando unos y otros, en cuanto fuese necesario u oportuno, con el ambiente histórico correspondiente, con los elementos atinentes de una cultura de Derecho Indiano general y con los conceptos jurídicos respectivos.

Para ello fueron necesarias varias lecciones previas de carácter exclusivamente expositivo, y algunas posteriores, total o parcialmente expositivas también, cuando exigencias concretas del desarrollo del curso así lo requirieron.

En todo lo demás, la labor ha sido de investigación, especialmente a cargo de los alumnos, coordinada por la orientación y el comentario del profesor, conforme a los principios arriba indicados. Todo ello se ha desenvuelto naturalmente, a través de una compleja serie de operaciones, cuyo esquema doy a continuación:

1º—*Búsqueda del material documental.* — No existen relevamientos completos de nuestros archivos, y, menos, na-

turalmente, existe uno especial de la documentación correspondiente a negros.

Dentro del mar de documentos que en ellos se encierra, la búsqueda tiene, así, mucho de azarosa. Ha sido forzoso, pues, recurrir a métodos diversos para realizarla. El primero que se ofrece al investigador es el examen de los índices. Pero, desde luego, este método presenta grandes lagunas, porque hay gran parte de material sin indizar. El Archivo de la Escribanía de Gobierno y Hacienda, posee, sin duda, el índice más completo. El se halla bien impreso y encuadernado en cuatro gruesos volúmenes. El del Juzgado de lo Civil, tiene también índices de expedientes y de protocolos, pero sus indicaciones son, a veces someras, a veces excesivas, pero insuficientes en cuanto a datos que puedan ser esenciales para el investigador. El del Archivo General de la Nación, que posee, para gran parte de sus fondos, relevamientos e índices valiosos, carece de ambos elementos para muchos legajos del material de Aduana, en el cual documentos fundamentales para nuestro estudio han sido hallados bajo el rótulo "Deteriorados". Pero, aun dentro del material indizado, las enunciaciones de los índices sólo sirven en cuanto al dato positivo que suministran, y no permiten, en cambio, atribuirles el valor de datos negativos seguros, porque pueden omitir una mención que daría una luz al investigador sobre aquel de los aspectos de su contenido que sería, precisamente, el único que le interesase. Por ejemplo, si el índice menciona las palabras "negro" o "esclavo" u otra cualquiera que denuncie su parentesco con el tema, el documento correspondiente es una pieza cuyo examen es de indicación segura para nuestra investigación; pero si alguna de esas palabras falta y aparecen otras enunciaciones aparentemente inconexas con el mismo tema, no es seguro que el documento respectivo no pueda tener relación con él, por lo que se hace preciso, muchas veces, examinarlo: tales, en los índices de expedientes, las indicaciones relativas a carátulas de causas criminales por heridas, por muertes o por otros delitos, en las cuales, si bien casi siempre se indica

si el delincuente o la víctima son negros, otras veces se omite tal mención y sin embargo concurren dichas circunstancias o la de ser negro algún testigo, todo lo cual puede dar lugar al estudio de situaciones jurídicas, sociales, económicas o políticas de interés; tales también, en los índices de protocolos, la mención de actos jurídicos como testamentos en los que puede ser un negro el testador o algún legatario, o en los que, como es frecuente, se otorgan manumisiones, libertades de vientres o cláusulas de otro orden relativas a esclavos.

Con todo esto queda dicho, pues, que no sólo es insuficiente el método consistente en el examen de los índices, cuando los hay, y por el cual, de todos modos, debe comenzarse la investigación, sino que lo es también el de la lectura de las carátulas de los expedientes o la simple verificación de la naturaleza jurídica de cada documento, cuando no existen índices, pues todavía es necesario acudir a un tercer método que es el verdaderamente seguro y definitivo, a saber, el examen, aunque sea somerísimo, de cada documento, aun cuando nada prometa aparentemente: así, por ejemplo, en la documentación relativa a la Aduana, del Archivo General de la Nación, apareció inesperadamente una Real Cédula disponiendo un nuevo medio de adquirir la libertad de los esclavos, que no figura en los Cedularios, en donde debía lógicamente hallarse.

El orden de la labor, para la búsqueda del material correspondiente a negros, es, pues, el siguiente: 1º) revisión de los índices; 2º) agotada ella, lectura de las carátulas o determinación de la naturaleza jurídica de los documentos restantes, inventariando las causas criminales y los testamentos; y 3º) agotada esa tarea, examen somero de cada uno de los demás documentos, siguiendo, cuando ello es posible, el orden cronológico para alcanzar la seguridad de agotar a su vez esta labor.

2º—*Revisación del material documental.* — Encontrado el material debe entrarse a su examen detenido. No han tropezado los alumnos con dificultades grandes en esta ta-

rea, pues la documentación de nuestros archivos, por corresponder en su totalidad a los siglos XVIII y XIX, no necesita para su lectura, del auxilio de la Paleografía, como lo requiere, en otras partes de América, el estudio de fondos que arrancan del siglo XVI. Con todo, la ayuda del profesor ha sido muchas veces necesaria, especialmente en los comienzos, para descifrar tipos de escritura con los cuales no estaban familiarizados los alumnos, y para la interpretación de siglas, abreviaturas, arcaísmos de léxico y referencias a fórmulas jurídicas e institucionales del pasado.

3º—*Selección del material documental.* — En rigor, el programa máximo de esta investigación consistiría en tomar en consideración para el estudio la totalidad de la documentación relativa a negros existente en nuestros archivos, y publicarla; ello ofrecería, desde luego, ventajas de orden estadístico, cuyas aplicaciones a los aspectos económico y social de nuestro trabajo son fáciles de apreciar, y permitiría, además, comprobar, por el conocimiento de la frecuencia o la rareza de la repetición de casos análogos, la existencia de costumbres capaces de definir un tipo de estructura social, y el grado preciso de cumplimiento o de incumplimiento que alcanzaron en nuestro territorio, durante el coloniaje, las diferentes leyes, órdenes o Reales Cédulas. El ideal sería, pues, no seleccionar el material con propósitos de exclusión, sino ordenarlo y clasificarlo, utilizándolo en su integridad, para el correspondiente estudio interpretativo, y publicarlo con él.

Pero la magnitud de esta empresa excede las posibilidades de un curso de Seminario a cuya duración pueda fijarse un límite, no ya de un año, sino ni siquiera de dos o tres.

Queda entonces, como ideal práctico a cuya realización deba irse tratando de llegar, el de hacer una selección del material, en cuanto a la determinación de los diferentes tipos de documentos, para proceder a su copia, evitando la repetición de los que correspondan a casos iguales. Con este criterio he juzgado de interés para el estudio del tema el

conocimiento, en cuanto fuera posible, del texto íntegro de los documentos correspondientes a los siguientes actos jurídicos relativos a esclavos: en materia de privilegios para el tráfico negrero otorgados por el Rey, capitulaciones o asientos y licencias (de éstos no existen originales en nuestros archivos, pero pueden tomarse de colecciones de documentos como las de Veitia Linage, Abreu y Bertodano, Calvo, y el tomo de los "Documentos para la Historia Argentina", editados por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires); en materia de documentos notariales, compras y ventas de esclavos, manumisiones, libertades de vientres, permutas, préstamos, arrendamientos, prendas, etc.; en materia judicial, juicios reivindicatorios de esclavos, denuncias sobre fugas, causas contra esclavos, y por muerte, lesiones o malos tratamientos de esclavos, etc.; en materia administrativa, especialmente de Aduanas, arribo de esclavos, pago de derechos, depósito, hospitalización, reembarcos, etc. Estos documentos, aunque se refieran a una misma clase de actos jurídicos, suelen revestir variantes de forma que interesa conocer, así por corresponder a épocas diferentes o ser distintos los escribanos autorizantes de las escrituras respectivas, como por la diversidad de lugares. Sin que pueda hablarse, en esta materia, de una verdadera diversidad jurídica o de costumbres locales, pueden con todo apreciarse los cambios resultantes de circunstancias como la de existir, en una misma época, escribanos en Montevideo y no haberlos, por ejemplo, en Minas; por lo que actos jurídicos de la misma especie aparecen, aquí, autorizados por Escribano Público, y allí por el Alcalde. Una serie de prolijas comparaciones y confrontaciones de documentos se hace, por ello, necesaria.

En cuanto a los documentos que no sean sino repetición del mismo tipo, ya que no es posible pensar, por ahora, en su copia íntegra, corresponde por lo menos inventariarlos, para los fines estadísticos y demás a que se aludió más arriba.

4°—*Copia del material documental seleccionado.* — La realización material de esta operación ha estado casi exclusivamente a cargo de los alumnos, pero también ha participado en ella el profesor. La reproducción escrupulosa de la ortografía y demás particularidades de la escritura original, a las que antes se aludió, ha sido especialmente cuidada, conforme a los modernos métodos, que no considero necesario fundamentar aquí en vista de su universal aceptación.

5°—*Comentario jurídico e histórico del material documental seleccionado.* — Los documentos así copiados eran traídos a la clase y leídos, y sobre ellos hacía el profesor los comentarios, desde los diversos puntos de vista jurídico e histórico a que aludí al comienzo de este capítulo sobre metodología. El comentario y la interpretación por los estudiantes, y hasta la discusión, hecha con intervención suya, de los diversos puntos de vista que se sustentaban a veces sobre una cuestión dada, fueron siempre estimulados de manera especial.

6°—*Labor bibliográfica.* — La base de este aspecto del trabajo del curso la constituyó la bibliografía especial sobre el tema objeto de estudio que confeccioné conforme lo dejo expresado en el capítulo correspondiente a organización del trabajo. Como se infiere de lo dicho allí, no todos los libros que integran la nómina han podido ser hallados en Montevideo hasta este momento.

Con los libros que se han encontrado, entre los que ella comprende, se ha emprendido la tarea de ficharlos, en la que, como también lo he expresado, colaboraron casi todos los asistentes al curso y también el profesor. La idea de lograr un buen fichero bibliográfico sobre el tema me parece que sería uno de los más provechosos resultados de este curso de Seminario.

Esta tarea tropezará con una dificultad quizá insalvable en cuanto a los libros sobre colonias holandesas escritos en su idioma original, que he creído, no obstante, debía incluir en la nómina, como los he incluido, en la esperanza de

que pueda obtenerse para ficharlos la colaboración de alguna persona que posea el holandés.

Dentro del material bibliográfico, hay una parte que, sin perjuicio de ficharla también, interesa sea copiada *in extenso*, y es la que corresponde al derecho positivo sobre esclavos y en general sobre negros y mulatos, que rigió en la Banda Oriental durante el coloniaje. El abarca una serie infinita de textos, que va desde las Partidas, para el Derecho Español, y las fuentes legales propias del Derecho Indiano, que son innúmeras, hasta los bandos del Cabildo de Montevideo, los que constituyen las fuentes locales sobre la materia, si bien no es este el lugar oportuno para hablar sobre ellos, porque, no habiendo sido publicados ellos mismos, es decir, con su forma definitiva de Bandos, sino sólo las enunciaciones que a ellos se refieren de las actas del Cabildo, no corresponden a la materia bibliográfica. Interesa una copia íntegra y ordenada de todo ese material, incluyendo en él las leyes no codificadas, que se extienden desde las "Ordenanças acerca de la horden que se a de tener en el tratamiento de los negros para la conservación de la política que han de tener", del siglo XVI, hasta los decretos de las Cortes de Cádiz, sin olvidar la serie importantísima de Reales Cédulas y Reales Ordenes dictadas durante el siglo XVIII, algunas de ellas tan orgánicas como la del 31 de Mayo de 1789, que ha sido llamada con propiedad Código Negro.

La confrontación del texto de algunas de esas piezas, tal como han sido publicadas, con las matrices manuscritas de donde han sido tomadas o con el texto publicado en otras regiones, es tarea que también ha entrado en la labor bibliográfica de nuestro curso cuando ello ha sido posible, porque se han notado algunas veces diferencias entre unos y otros, v. gr., en las publicaciones de un mismo documento extraído de los ejemplares manuscritos de una misma circular, existentes en los archivos de Buenos Aires y de Caracas, o porque se han encontrado omisiones evidentes, como en el texto de la Real Orden de 24 de Noviembre de

1791, tal como lo da el tomo VII de los "Documentos para la Historia Argentina" publicados por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en el que no se nombra a Montevideo, siendo así que el original debe nombrarlo de manera tan especial, como que crea, precisamente, a favor de Montevideo, el monopolio del tráfico negrero para toda la región meridional del continente suramericano hasta el Perú inclusive. En este caso he solicitado por escrito la confrontación del texto publicado, con su matriz original, en el Archivo mismo de Buenos Aires.

7º—*Ordenación del material.* — A medida de la obtención del material, así documental como bibliográfico, a que he venido refiriéndome, corresponde ir ordenando los datos que él arroja para su distribución en las diferentes series que comprende el tema: jurídica, social, económica y política, para lo cual la indicación metodológica consiste en ir haciendo, por separado para cada una de ellas, las anotaciones y referencias correspondientes a las diversas piezas estudiadas, con indicación de la página respectiva, cuando ello es posible.

8º—*Interpretación final del material obtenido.* — De este solo planteamiento metodológico del estudio derivan numerosos puntos de vista interpretativos que necesariamente han de influir sobre el criterio de los alumnos. Sin embargo, quedan importantes aspectos sobre los que podrán formularse juicios que no vienen contenidos como necesarias conclusiones implícitas dentro de aquellas premisas, porque ellas son susceptibles de diversas formas de apreciación, y respecto de ellos tendrá amplia libertad para ejercitarse la opinión personal de cada uno, sobre la base de los hechos averiguados, que es de la esencia de un curso de seminario estimular. Tales, por ejemplo, las cuestiones relativas a saber si se manifiestan, en la vida de nuestro pasado colonial y en las diversas series de hechos relativos a negros que constituyen el tema propuesto, peculiaridades locales capaces de constituir fenómenos claros de diversidad jurídica, social, económica o política, dentro del cuadro general de la

vida indiana, determinando, en caso afirmativo, el grado preciso de intensidad en que ello ocurrió y las características de la singularidad hallada; si se cumplieron las leyes sobre la materia en la efectividad de los hechos, y cuáles preferentemente, y con qué frecuencia, con qué excepciones o atenuaciones; si el criterio dominante, en la vida social era realmente humanitario, como lo quería la ley; si en la realidad procesal era de verdad favorable a la libertad en los casos de duda, como, por ejemplo, ocurría en México, según afirma Humboldt, y, todavía, dado que esas tendencias resultasen comprobadas, si eran ellas igualmente seguidas por los defensores y por los jueces, o si predominaban en una de esas clases de funcionarios más que en la otra, y si no se advierten, sobre todas esas cuestiones, cambios sensibles a través del período que abarca la dominación española en nuestro país, etc.

La trascendencia de las posibilidades de interpretación del material obtenido queda fácilmente sugerida a través de estas ideas; y todavía cabe agregar que, aun para todos los demás órdenes de cuestiones, sobre las que he considerado se reflejarían necesariamente en el criterio de los alumnos los puntos de vista de la metodología trazada por el profesor, tienen éstos, para la defensa de sus posiciones personales, la necesaria autonomía que les preste el ceñir sus conclusiones a una visión propia y directa de los hechos, de los que surge viva, en realidad, la palabra definitiva, que sólo toca al intérprete acertar a escuchar y repetir.

Eugenio Petit Muñoz

NOTAS

EL SALON INDEPENDIENTE DEL ATENEO

Hace todavía pocos días, un grupo de artistas uruguayos realizó en el Ateneo el primer Salón Independiente. El prestigio de los nombres que se vincularon a él y la calidad de la obra exhibida, dieron a esta muestra de artes plásticas una importancia particular. Pero fué su aspecto moral el que le proporcionó su significación más alta y verdadera y el que produjo a su alrededor la más justiciera resonancia.

Por severa probidad y por estricta solidaridad artística, todos aquellos pintores y escultores se alejaron del Salón Nacional que por entonces abría sus puertas y ofrecía sus premios. No por mezquinos rencores ni por minúsculas enemistades, sino por defender a todo trance principios fundamentales de honradez y de consecuencia. Por defender su autonomía —tan menoscabada—, por sostener generosos propósitos de unidad, por afirmar la urgente necesidad de que se aparten del territorio del Arte las innumerales influencias oscuras que le trastornan y le mantienen en una condición lamentablemente sometida.

Alrededor de este austero programa se agruparon en el Ateneo una treintena de expositores. Sin halagos ni recompensas ni medallas. Con el solo designio de hacer una demostración moral y de ratificar la existencia de un núcleo de artistas a quienes pudo llamarse, en el más noble y heroico sentido, "independientes".

Y así nació aquel Salón cuya apertura será, en la escueta historia de nuestras cosas de arte, un reconfortante acontecimiento. Aquel Salón que dió la más provechosa lección de entereza y ofreció un panorama —no por parcial menos esclarecido— de la pintura y la escultura uruguayas.

* * *

Carlos Prevosti en pintura, Bernabé Michelena en escultura, fueron, acaso, los dos artistas mejor representados de aquel escogido conjunto.

Prevosti, fino y profundo, lleno de callado ardor, llevó una serie de naturalezas muertas de la mejor estirpe. El mundo de las cosas inertes cobra en las telas de este pintor una vida nueva, llena de misterio y poesía; y los objetos adquieren expresión y toman actitudes. En tonos sordos, de apasionada resonancia y calidad plástica rotunda, envuelve sus cacharros humildes, acordando entre ellos magníficos juegos de

sombra y de luz, desnudándolos de su cotidiana vestidura para enseñarnos la entrañable palpitation que esconden.

Así también sus paisajes de París, arropados en un impalpable polvo de luz, dulce y cernida; así sus grabados y sus aguafuertes, realizados con tal elegancia y tan parca y ceñida escritura. En toda esa obra Prevosti aparece recogido, meditativo y hondo; vibrante de una sensibilidad que se vela y recata. Y artesano seguro, dueño de su materia, maestro de un severo oficio que rehuye toda estéril delectación y desdén toda vana complacencia.

Michelena volvió a ofrecernos una lección de grave simplicidad y de poderoso lirismo. Aquella "Maternidad" que llenaba con su serenidad luminosa y su vasto sentido específico todo el vestíbulo del Ateneo, es una de las obras más plenas de nuestra escultura. La solidez arquitectónica, el austero prestigio arcaico, y, al tiempo, la dulcísima ternura de este grupo de la madre y el hijo, sólo hallan justo parangón con otras obras de este mismo artista que está ahora en la total posesión de su personalidad.

Alguna otra vez he dicho la admiración que en todo espíritu atento a las cosas del arte y sensible a los valores humanos, promueve siempre este escultor cuya labor, colmada de emoción tan profunda, de tan pujante vigor y delicadeza tan fina, se aúna con tal estrecha intimidad a una vida vivida totalmente para ella. Vivida, sin sosiego ni desfallecimiento ni claudicación, para esa labor copiosa y nobilísima dentro de la cual esta "Maternidad", así como el robusto relieve y la alada cabeza de niña que la acompañaron, no son sino un episodio más, acorde con muchos anteriores. En el ancho impulso lírico, en la acendrada intención plástica, en la densa humanidad de todas estas figuras que llenaron el patio del Ateneo, volvimos a encontrar al Michelena del "Adolescente" y del "Obrero Urbano", con su fuerte salud y su firme honradez, con su amor a la vida, con ese modelado simple y claro que parece iluminar la materia y encender en ella una milagrosa vibración.

Otros escultores lucieron dignamente a su lado. Alberto Savio, en primer término, que expuso varios relieves seguros y desenvueltos acompañados por ágiles croquis en donde aparecía el volumen, entrañablemente sentido, asomándose al sumario apunte lineal. Una bella figura de mujer, llena de serena gracia, un poco melancólica, y bajo cuya iluminada espiritualidad se escondía la segura solidez constructiva, señaló los nuevos derroteros por donde el claro talento de Savio se lanza actualmente.

Moncalvi y Martín mostraron, juntamente, la influencia de Michelena y los promisoros esfuerzos de sus personalidades juveniles. El primero con una expresiva cabeza; el segundo con un torso algo abotetado pero pleno de vigor. Homero Bais ratificó anteriores aciertos en una delicada cabeza de niño y en una encantadora figurita modelada

con gracia y soltura. Armando González se mostró algo extraviado dentro de su propia habilidad y de esa destreza que tiene para abordar ya la escultura, ya la acuarela; hubiéramos querido hallarle ahora una menor ligereza y un ahinco más profundo en la búsqueda de la expresión.

Todos estos jóvenes artistas —Bais, Moncalvi, González, Martín— anuncian a corto plazo una fecunda plenitud; su muestra escultórica representó un importante valor en el Salón Independiente.

* * *

Pero fué sobre todo la pintura la que llenó la mayor parte de la exposición del Ateneo. Sorprendía la unidad de su nivel, tan constante como levantado. Nada menoscabó la dignidad de aquel conjunto; nadie expuso en él cosa que le afeara ni le alterara aquella calidad unánime o le rebajara aquella jerarquía artística que tanto y tan gratamente nos admiró a todos.

Rivello mostró una vez más en sus pequeñas y bellísimas telas, el drama de la expresión arrancada heroicamente del más recóndito subsuelo del alma. Inquieto, torturado a veces, aparecía derramando en sus cuadros esa emoción ardiente y silenciosa que se arrebujaba en afelpadas sombras y se esconde entre los objetos transfigurados. Más de una oportunidad me ha sobrecogido la pintura de Rivello, lenguaje de ascética pureza que ninguna fácil sensualidad enturbia y que se empeña —tenaz hasta el dolor— en alcanzar la máxima desnudez y la sinceridad más severa.

Torres García y los pintores constructivistas llenaron una sala con sus especulaciones geométricas, desjugadas de toda representación y limitadas a exaltar el canto del número, la esencia del ritmo, la armonía de las proporciones y los equilibrios matemáticos. Entre las telas que allí fueron expuestas merecen especial recordación las de Rivello, las de Augusto Torres, las de Ragni, las de Arzadum. Este último exhibía, aparte, dos agradables figuras: una, de hombre, saturada de recuerdos impresionistas; otra, de muchacha negra, vigorosamente recortada sobre una esfumada estampa de la costa Sur donde una casita rosa y un fresco mar azul cerraban una lejanía llena de dulzura. Estos cuadros no llegaron, sin embargo, a dar una significación plena al aporte de Arzadum. Por eso es necesario destacar que, simultáneamente, Arzadum realizaba en otra parte una muestra personal hartamente más rica y copiosa.

El mejor grupo de pintores jóvenes acudió también al reclamo del Salón Independiente. Felipe Seade, de una ejemplar libertad y una marcada tendencia hacia un humor que se muestra a las veces agrio y violento; Amézaga, considerablemente evolucionado, enriquecida su paleta, afirmado su sentido dramático como lo demuestra esa hermosa tela del Asilo; De Simone, siempre recogido y sentimental, lleno de poesía en

sus afelpados nocturnos y en sus humildes callecitas del suburbio; Carlos González, aferrado a esa temática simple y ruda, que no rehuye lo grotesco ni le teme a lo desagradable, y para cuya expresión este artista halla un lenguaje cuya sencillez rebosa al mismo tiempo de áspera energía y de picante gracia; Luis Mazzei, menos seguro en su retrato de mujer que en esos trabajadores fuertemente agrupados y bañados de rutilante luz.

Y otros pintores más, de los que apenas cabe en el estrecho espacio de esta reseña la lista de nombres: Bravo, Cúparo, Tourreilles, Orlando, Tufano, Costigliolo, Clérici, Irma Becerra, Urta, Bebeacua. Todos excluyéndose voluntariamente de las numerosas recompensas y los fáciles premios al alejarse del Salón Nacional. Todos concurriendo con admirable unanimidad al Salón Independiente y prestándole el apoyo de donde salió su resonante triunfo.

Junto a ellos, los grabadores, los xilografistas, los dibujantes. Adolfo Pastor, agudo y vigoroso, con una escritura de rica espiritualidad y una maestría probada en su larga experiencia de ilustrador; Leandro Castellanos, tan fino artista como hábil obrero, que enseñó a la vez armoniosos efectos de gubia y espléndidas calidades de impresión. Julio Suárez, apartado, en la factura, del "mono" periodístico que le ha dado merecido nombre, pero conservando toda su fresca alacridad y todo su burlesco espíritu.

Honrados artistas y hombres desinteresados. Valerosamente desinteresados. Porque renunciaban a unas posibilidades bien próximas (y sabemos si por estas latitudes escasean!) de ver trasmutados en dinero sus afanes y su trabajo. Para ellos será la gratitud de todos los que amamos y aplaudimos su esfuerzo y su valentía.

* * *

El Salón Independiente fué un ejemplo, acaso no repetido en la historia de nuestras artes plásticas, de entusiasmo y de fe. Recordémosle con nuestra más íntima simpatía y alabemos a los artistas a quienes debimos aquella exposición que, aparte toda otra consideración, fué una de las mejores exposiciones colectivas de estos últimos tiempos.

Alabémosles doblemente: por la estirpe de la obra que presentaron y por la eficacia aleccionadora de su gesto. Todos, los que ya llegaron a una meta y los que aún andan en camino, nos dieron desde las paredes del viejo Ateneo una lección de vida. Nos demostraron que hay algo de superior estima —alto título de honor y justo orgullo del espíritu— que se sobrepone a la amistad, a la vanagloria, al interés. Que se sobrepone, hasta, a las necesidades materiales que condicionan el duro vivir cotidiano de los hombres.

J. M. Podestá

COMPENDIO ORDEN NUEVO (1)

Como lo hicimos con la serie de documentos aparecidos en los números 7, 8 y 14, que traducían formas diversas de ideal religioso incidiendo en la realidad político-social, y respecto de los cuales dejamos a salvo las reservas necesarias sobre todo lo que significase en ellos dogmatismo o fórmula cerrada, iniciamos ahora la publicación de otra serie de documentos de vasta trascendencia y viva actualidad, también con ánimo de mera exposición, en que tendrán cabida los puntos de vista opuestos, relativos a los problemas suscitados por el movimiento personalista, encarnado especialmente por el grupo "Orden Nuevo", y que en ciertos aspectos se emparenta con los del grupo "Esprit", que ya dimos a conocer.

Nos permitimos recordar a este respecto lo que expresamos en las páginas 75 y 76 del N.º 10.

E. P. M.

¿QUE ES EL ORDEN NUEVO?

El *Orden Nuevo* no es un partido político ni una liga: exige más de sus miembros, les promete también más.

Los programas de los partidos y las ligas no son sino provisorias palabras de orden, llegadas del exterior e impuestas por esas nuevas feudalidades que constituyen los organismos directores de las formaciones políticas. Exigen a sus miembros el amor a la obediencia activa y a la disciplina sin réplica; así la única forma de libertad que subsiste en ellos es la libertad de elegir el cuadro autoritario ante el cual se abdicará la personalidad.

(1) Creo necesario acompañar esta traducción del Compendio Orden Nuevo con algunas observaciones generales que, salvando mi situación de traductor tan frecuentemente asimilado a la adherente pasivo, pueden tal vez contribuir —informadas en parte por consideraciones de Vaz Ferreira, y así autorizadas— a que se eviten ciertas confusiones y estados de espíritu falsos que su lectura podría originar.

Si la doctrina Orden Nuevo fuera un block al que hubiera que adherir

Por su forma y por su espíritu, los partidos y las ligas hacen imposible que un hombre libre les preste su participación.

Ahora bien, como ha escrito Arnaud Dandieu, "el que no sienta en la vida cotidiana francesa la decadencia de la libertad, no condenará nunca más que con los labios el desorden establecido".

Sin libertad real no hay orden verdadero. El Nuevo Orden nace de la libertad.

Es un movimiento de hombres libres.

Para no degenerar en anarquía, la libertad debe apoyarse sobre una parte restringida de administración y de burocracia, las cuales pueden constituir el estado.

Integramente o rechazarlo igualmente en su totalidad, creo que la actitud verdadera sería esta última porque los aspectos falsos y funestos priman sobre los legítimos. En efecto, este importante movimiento, cuyo punto de partida y finalidad esencial es la libertad, desemboca por errores conceptuales en un régimen autoritario. Sustituida la noción constatable de hecho, de individuo por la noción teórica de persona, el gobierno o el poder no quedará limitado por los derechos del hombre como tal, es decir del individuo, sino que los concederá a los que según su arbitrio considere personas. La persona, noción teórica decíamos, es el individuo calificado y no simplemente constatado y en los hechos la calificación será establecida por el poder. Tal es el significado de su abandono de la democracia y de la implantación, en su lugar, de un federalismo que se corona por los órganos del espíritu revolucionario, las células Orden Nuevo y el Consejo Supremo, formado por cooptación, encargado de redactar y mantener al día el estatuto de la persona indicando en particular las garantías de las libertades esenciales.

Nótese que el Consejo Supremo que formado sobre la base de los que realizaron la revolución se integra después por cooptación, es decir, agregándose por sí mismo nuevos miembros, constituirá una oligarquía con la facultad no sólo de fijar el estatuto de la persona sino de modificarlo. Así por más que teóricamente se distinga entre el carácter espiritual de la autoridad y el carácter material del poder, y se establezca que las células y el Consejo Supremo poseen solamente la primera, prácticamente este último sobre todo viene a tener indirectamente el más grande tal vez de los poderes, convertido en la fuente de la posible acción más opresiva del poder material. Es difícil concebir, además de la eficacia, la naturaleza misma de un estatuto de las libertades fundamentales y sus garantías cuyo contenido puede variar. Hé ahí algunas de las gravísimas consecuencias de haber abandonado sin distinciones de ninguna clase la concepción liberal, suprimiendo al individuo como elemento jurídico y colocando en su lugar a la persona (noción moral y no jurídica).

Pero si fuera posible efectuar una selección en esta doctrina, creo que independizándola estrictamente y sin perjuicio de correcciones parciales, la elaboración tendiente a depurar a la empresa y al crédito, a suprimir la condición proletarizada por medio del Servicio Civil y a asegurar a todos los hombres como tales un mínimo económico (Minimum Vital), no oponiéndose al verdadero liberalismo político sino al pseudo individualismo del régimen actual de propiedad, está orientada en el sentido legítimo de establecer el punto de apoyo económico de los derechos individuales y no su extraviada y perniciosa supresión. — (Nota del traductor).

La función dicotómica, base doctrinal del Orden Nuevo definida por Arnaud Dandieu, encuentra allí una de sus aplicaciones políticas. Distintuendo en los diversos dominios de la actividad humana los elementos de rutina y los elementos de invención, permite preparar la victoria del hombre sobre el estado, no suprimiendo éste a la manera de los anarquistas sino reduciéndolo a sus funciones de organización subalterna.

LA EMPRESA Y LA COMUNA

No es en las oficinas, ni en los cuarteles, donde viven normalmente la mayoría de los hombres.

El Orden Nuevo debe empezar por regenerar a la empresa y a la comuna: haciéndolo aportará la única salida posible del capitalismo y el único remedio posible contra el imperialismo, generadores uno y otro de miseria y de guerra.

¿Cómo salir del capitalismo?

Regenerando a la empresa.

Es en efecto desde la empresa que el capitalismo empieza a ejercer su acción nefasta. Desde aquí mismo, desde el origen, trastorna completamente las bases de una sociedad sana.

El capitalismo posee dos instituciones que le permiten corromper a la empresa: la banca por una parte, la sociedad anónima por otra; las dos tienen como carácter común el ser instituciones "anónimas", que privan al hombre de los derechos adquiridos con su trabajo.

Utilizar fondos sin autorización de los poseedores (préstamo del dinero depositado a empresas en dificultades), hacer correr a otros el riesgo de operaciones cuyos beneficios se retienen (colocación pública de acciones), estas dos funciones fundamentales de la banca, sin duda legales en el régimen capitalista, constituyen de hecho verdaderas estafas.

Ahora bien: es este organismo de estafa oficial el que en el sistema capitalista proporciona, en la mayoría de los casos, el crédito necesario a las empresas.

La Sociedad Anónima priva de hecho al participante en un negocio, de sus deberes y derechos en ese negocio.

Permite a los dirigentes evitar toda responsabilidad personal en la marcha real de su negocio.

Impide a los colaboradores asalariados asociarse a la marcha del negocio y compartir, si hay lugar, sus beneficios.

Tanto la banca como la Sociedad Anónima llenan dos funciones normales en toda vida social.

Es necesario pues, suprimiendo la Banca, libertar el crédito.

Suprimiendo la Sociedad Anónima, libertar las verdaderas posibilidades de la asociación.

La empresa Orden Nuevo

La empresa Orden Nuevo es a la vez:

Un organismo de asociación para el trabajo en común.

Un organismo de crédito.

La empresa Orden Nuevo y la asociación

Los colaboradores de la empresa Orden Nuevo, que tienen desde luego su mínimo de vida garantido, están todos moral y materialmente asociados a la empresa.

Así el jefe de la empresa se enriquece o cae en la ruina con la empresa que dirige;

Los participantes, aparte del mínimo de vida garantida, son pagados en función de los resultados del negocio;

La participación financiera, asegurada en principio por los colaboradores inmediatos de la empresa, ve su aporte remunerado en función de los resultados del negocio.

En ningún caso podría esta participación ser radicalmente extrínseca a la empresa.

Como los miembros de una empresa están asociados a la misma, su situación se define por un acto de asociación que impide la destitución o la salida arbitraria de un asociado.

Resultado: supresión del asalariado, supresión del carácter anónimo.

La empresa Orden Nuevo y el Crédito

Una política financiera sana no debe hacer depender exclusivamente la emisión de moneda de la masa inerte del encaje de oro (lo que equivale a asimilar la riqueza nacional a una forma privilegiada de atesorar) ni tampoco de las necesidades o pseudo necesidades a satisfacer (lo que constituye una política de facilidad que puede llevar a la inflación).

La moneda corresponde pues al valor de las riquezas efectivamente producidas.

El acto elemental del crédito se confunde con el acto elemental de la producción. La empresa debe ser a la vez el asiento del crédito y el asiento de la producción.

Los préstamos acordados a las empresas, sea por otras empresas o grupos de empresas interesados en la misma rama de la producción, sea por otras personas que consientan en participar en la vida de la empresa, no se efectuarán en la forma de préstamo a interés fijo, sino de una participación en los beneficios eventuales.

Los préstamos consistirán, sea en materias primas o productos fabricados necesarios para la realización del producto nuevo, sea en dinero.

Su reembolso no se efectuará en una fecha fijada de antemano, sino después de la fecha de la operación financiera (emisión de moneda o pago del producto por los compradores) correspondiente al producto nuevo.

La empresa, comunidad humana

La empresa Orden Nuevo constituye así, tanto desde el punto de vista personal como del punto del crédito, una comunidad humana en la que convergen todos los intereses particulares y están ligados al de la empresa.

Así, estas diversas reglas de moralidad y estructura tienen el efecto de aumentar la coherencia y la solidaridad interna de la empresa.

De sanear desde la base la vida económica del país.

COMO LUCHAR CONTRA EL IMPERIALISMO

Regenerando a la comuna.

Oponiendo al sentimiento imperialista que se manifiesta por el estado el sentimiento patriótico que se encarna en la comuna.

La comuna, lo que es, lo que debe ser

La comuna se ha convertido en una subdivisión administrativa, cuya autonomía está reducida al mínimo, cuya iniciativa ha sido abolida.

La descentralización de que hablan ciertos partidos, consiste simplemente en adjudicar a la comuna operaciones que antes eran ejecutadas por el escalafón superior, pero cualquiera que sea el escalafón de ejecución, la iniciativa de estas operaciones parte siempre de un centro, más o menos distante según los casos.

La comuna O. N. es el agrupamiento en un territorio limitado de todos aquellos que una comunidad de vida y espíritu local une entre sí.

Así los hombres que la componen sienten el lazo físico que los une a la tierra y el lazo humano que los une entre sí. Cuando un grupo de hombres adquiere tanta importancia como para que todos estos lazos no puedan continuar siendo experimentados por todos sus miembros, la comuna se subdivide: una aglomeración como la de las ciudades no puede constituir una comuna.

La comuna es competente en todo lo que le concierne: su iniciativa se extiende pues a funciones de administración local que le incumben completamente.

A funciones de gobierno que le incumben en la medida en que es afectada por éste.

Sus funciones de administración local comprenden, por ejemplo: trabajos de interés comunal, presupuesto comunal, respeto de las costumbres particulares de la comuna, enseñanza, autoridad civil, resolución de conflictos internos de la comuna que no conciernen al estatuto de la persona, ni a las cuestiones propias de la administración central.

Como cada comuna es libre de participar en asociaciones de otras comunas, según las diversas afinidades de orden económico, espiritual..., que pueden relacionarlas, el gobierno de cada comuna consistirá primeramente en decidir sobre la adhesión a tales agrupamientos ya existentes o en fundar agrupaciones nuevas. Una comuna puede y debe formar parte a la vez de diversas asociaciones.

Consistirá igualmente en fijar la participación de la comuna en los servicios generales del país, en particular fijando las demandas de la comuna respecto a objetos de primera necesidad, los que deben ser asegurados por el sector planeado.

La iniciativa en el establecimiento del plan partirá pues de las comunas, cuyas demandas sólo serán elaboradas y transformadas por los organismos administrativos centrales.

La comuna, base local de la federación, es pues libre y autónoma al mismo título que la empresa, base económica de la federación.

Sus iniciativas, para ejercerse eficazmente, deberán apoyarse sobre un principio de organización: el federalismo.

Sobre un mínimo de servicios subalternos comunes: el Estado.

DEL FEDERALISMO

El federalismo y la democracia

El federalismo aparece como el único medio de salvación que queda, sino a las "democracias" actuales, al menos al verdadero espíritu de libertad.

No puede confundirse con el parlamentarismo ni con ninguno de los regímenes centralizados, que difieren simplemente por el modo de efectuarse la delegación de la autoridad del pueblo en una Asamblea, en un partido, en un hombre.

Ahora bien; salvo en una civilización reducida, como la nuestra, al anonimato y a la irresponsabilidad, la autoridad no puede delegarse: se ejerce en el lugar mismo por los hombres o las agrupaciones a que pertenece.

El centro tiene simplemente un papel de contralor, de coordinación y de apelación.

Libertad federal

Es necesario devolver a las células de base de la sociedad, empresas y comunas, su autonomía y su libertad.

La forma de libertad más esencial para ellas es la libertad de asociación, que llamaremos más bien libertad federal.

Esta libertad no existe en los regímenes centralizados, aún en los liberales. En efecto, como todas las formas de actividad están sometidas a los cuadros y a los métodos de un Estado uno e indivisible, la asociación no puede efectuarse más que teniendo en cuenta esos cuadros y en el interior de sus fronteras.

Una comuna solamente puede asociarse en el cuadro departamental, un sindicato sólo puede asociarse por medio del Organismo local de una Confederación Nacional: vía burocrática.

A esta vía "burocrática", artificial y peligrosa, el federalismo opone como principio de organización recurrir a las relaciones normales y espontáneas que se establecen entre los hombres o las agrupaciones.

El federalismo económico

En lugar de abdicar sus diversas iniciativas en los trusts privados o de estado, pretendidamente calificados para representar en todo a las empresas, éstas establecerán relaciones, en razón de las distintas actividades que naturalmente desarrollan, con otras empresas o agrupaciones de empresas.

Una empresa puede constituirse en el asiento de funciones de diversa orientación: función educativa manifestada entre otros por el reglamento de aprendizaje —función financiera correspondiente a la organización del crédito— función judicial correspondiente a la solución de los litigios internos de la empresa —función productora correspondiente a la fabricación de productos...

A cada una de estas funciones puede corresponder el establecimiento de un lazo federal con empresas o grupos de empresas diferentes.

Se constituirán así:

—*Agrupaciones corporativas*, correspondientes a las empresas dedicadas a la fabricación de la misma mercadería compleja y que pueden proporcionar las materias primas o productos fabricados necesarios a la elaboración de aquella mercadería, mediante una participación en el beneficio total.

—*Agrupaciones profesionales* o de oficio que agruparán a los técnicos de una misma profesión y estarán autorizadas para resolver las cuestiones de educación y de defensa profesional.

—*Sindicatos* que agruparán a las empresas elaboradoras del mismo producto y que podrán servir de órgano de coordinación y enlace entre ellas.

Se constituirán tantos grupos distintos como funciones haya que considerar: porque sólo en el espíritu de los dirigentes industriales o de los economistas soviéticos, mantenedores del imperialismo económico, un acuerdo industrial es absolutamente excluyente de otros.

Federalismo comunal

Lo mismo a una comuna, en razón de su situación geográfica, de sus necesidades o de su cultura, se la puede vincular a comunas o a agrupaciones de comunas diferentes.

Por una aberración puramente abstracta, en el sistema nacionalista actual, las mismas fronteras rigen igualmente desde el punto de vista administrativo, desde el punto de vista económico, desde el punto de vista cultural.

Se llega así a una concepción puramente colonialista de las relaciones entre los pueblos, según la cual razones consideradas válidas en el plano económico pueden provocar la conexión de una agrupación humana a un conglomerado de cultura y formación distintas. O bien razones consideradas válidas en el plano cultural pueden provocar la vinculación de una agrupación humana a un conglomerado económico que sacrifica sus más legítimos intereses.

El llamado problema de las minorías ilustra particularmente el absurdo de esta concepción totalitaria de las fronteras. Problema sin otra solución posible que guerras inútiles y vanas.

El único remedio a esta situación sin salida será conceder a cada comuna la libertad de federarse a agrupaciones humanas distintas, según las diversas clases de necesidades que en ellas se entrecrucen sin coincidir forzosamente.

Si la patria marca particularmente el vínculo concreto del hombre al suelo,

Si la nación corresponde al conjunto de los hombres adscriptos a una misma cultura,

Si el estado corresponde a un cierto número de organismos administrativos comunes,

Un grupo humano podrá vincularse a una patria, a una nación y a un estado, diversamente situados y que posean límites diferentes.

Los tres caracteres esenciales del federalismo

El federalismo tiene tres caracteres esenciales:

1º Su punto de partida son las agrupaciones humanas limitadas, coherentes y competentes por lo tanto, ya que no exceden las posibilidades de experiencia y de actividad de un hombre.

2º Permite a estas agrupaciones limitadas federarse según asociaciones, no arbitrarias o burocráticas, sino determinadas por su actividad y existencia mismas.

3º A estas agrupaciones y asociaciones subordina cierto número de organismos comunes de ejecución y coordinación que se pueden llamar organismos de estado.

DEL ESTADO

El estado, lo que es, lo que debe ser

El estado ha sido llevado a desempeñar un papel a la vez excesivo e ineficaz.

Excesivo porque pretende absorber todas las iniciativas: en el orden político en el que se confunde con el gobierno, en el orden económico en el que da nacimiento a Oficios o Cooperativas de estado, en el orden financiero en el que culmina con la Banca de estado...

Ineficaz porque asumiendo así la responsabilidad de funciones que no está capacitado para cumplir, las desempeña mal y une una negligencia de fondo a una rigurosidad formal.

En un régimen Orden Nuevo, el estado debe mantenerse en su papel pero debe tener también su papel. Siendo instrumental, el estado puede ponerse al servicio de sociedades cualesquiera que sean su extensión y sus vínculos (tales los ferrocarriles).

El estado Orden Nuevo

El estado, organismo administrativo y burocrático, corresponde, en virtud de la función dicotómica, al cumplimiento de las rutinas y automatismos, necesarios al funcionamiento de la sociedad y al libre juego de las iniciativas particulares.

Así, si puede ser el lazo geométrico de los poderes subalternos, no tiene ninguna autoridad en sí. Vuelve a tomar su verdadero lugar en la escala de los valores, la de un simple medio al servicio de la sociedad. Vuelve a tomar su finalidad esencial que es consolidar los poderes locales y profesionales.

El estado, mal menor

La ausencia de estado sería más seductora, pero con ello sufriría la libertad. La libertad se organiza. La libertad necesita un estado limitado y fuerte, lo mismo que cuadros subalternos, pero sólidos, son necesarios para la realización de las más bellas maniobras estratégicas.

El estado es el sub-oficial de la sociedad.

En el plano material tiene esencialmente una función técnica, que es la de proporcionar a las empresas ciertas posibilidades de mano de obra y de útiles. (Ver Servicio Civil).

En el plano administrativo, tiene esencialmente un papel de coordinación y de estadística, tendiente a interpretar o armonizar las iniciativas y las necesidades de las empresas o de las comunas. (Ver Plan).

En el plano moral, adapta las demandas técnicas o materiales de las comunas o de las empresas a las obligaciones formuladas por las autoridades espirituales de la federación que constituyen el estatuto de la persona.

Federalismo y estado

El federalismo y el estado O. N. constituyen un principio y una institución complementarias.

Ambos proporcionan a las empresas y a las comunas el medio de conservar su independencia y de ejercer su iniciativa:

El federalismo permitiendo a las empresas y a las comunas asociarse sin confundirse,

El estado O. N. permitiéndoles disponer de medios o de organismos técnicos comunes sin abdicar su autonomía.

El federalismo es la condición de la libertad, cuyo instrumento es el estado.

MINIMUM VITAL, Y PLAN

Ni productivismo ni miseria

El Orden Nuevo rechaza todo productivismo tanto que provenga de Moscú como de Detroit.

Lo económico no tiene por fin el enriquecimiento de algunos, ni un enriquecimiento facticio de la colectividad, del que por lo demás muchos están excluidos, sino fundamentalmente la lucha contra la miseria en provecho de todos.

Es escandaloso que, en una época en que la abundancia es técnicamente posible, haya hombres condenados a la miseria.

El objeto de la economía es asegurar a todos el Minimum Vital permitiéndoles satisfacer sus necesidades fundamentales.

Sector libre y Sector planeado

La aplicación de la función dicotómica al estudio de las necesidades humanas ha permitido distinguir dos categorías de necesidades.

Por una parte las necesidades esenciales de la vida, comunes a todos los hombres, las del Minimum Vital, que serán satisfechas por el sector planeado de la economía.

Por otra parte las necesidades particulares de cada uno que, siendo en su mayor parte imprescindibles para la afirmación de la personalidad, no son sin embargo menos urgentes y sobre todo no pueden ser satisfechas por una organización común. Estas son relativas al sector libre de la economía, en el que cada uno realizará su vocación de iniciativa y de riesgo.

El Plan Orden Nuevo

Diffiere de un plan quinquenal en que no afecta la totalidad de la vida económica, sino simplemente un sector subalterno y limitado.

Diffiere de otros planes, como el plan de de Man o el plan de la C. G. T., que también distinguen dos sectores, por la determinación de esos dos sectores.

Para de Man o la C. G. T., esta determinación se hace según el grado de las diversas ramas industriales: las ramas más evolucionadas pertenecen al sector planeado, las ramas menos evolucionadas al sector libre.

En el Plan Orden Nuevo, la distinción se hace *según la naturaleza de las necesidades a satisfacer*: la producción de las riquezas destinadas a colmar las necesidades vitales del hombre, es planeada. La producción de las riquezas destinadas a satisfacer las necesidades diferenciadas del hombre, es libre.

El plan no está destinado a acrecentar el productivismo o el rendimiento industrial: tiene por finalidad única luchar contra la miseria.

Además, el sector planeado no corresponde a la estatización de una parte de la industria, se ejerce por empresas *que siguen siendo libres*.

Sector planeado — empresas libres

En el plan Orden Nuevo, no es la empresa la que está planeada sino el producto.

La empresa, trabajando para el sector planeado, sigue siendo libre. Consiente en trabajar para la Administración del Plan como lo haría para cualquier otro cliente.

La Administración del Plan distribuye así sus encargos, entre las diversas empresas libres, estableciendo una lista de cargas con la designación precisa de los productos.

Las empresas que trabajan para el sector planeado, comienzan pues por producir, según las condiciones de la lista de encargos que han aceptado, los productos planeados. Fuera de éstos pueden producir a voluntad productos que no son de necesidad vital.

En principio, toda empresa que trabaje para el sector planeado, trabaja también para el sector libre. La participación en el plan le proporciona simplemente una garantía de estabilidad asegurándole un mínimo de producción.

Funcionamiento del plan

El plan tiene por finalidad satisfacer las necesidades esenciales y normales de alimentación, habitación, vestido... y la determinación de las cantidades correspondientes será dejada a la iniciativa de los organismos de base, es decir, en la mayoría de los casos, a las comunas.

Las comunas fijarán esas cantidades, tomando como base de evaluación para cada producto, el consumo real de los años precedentes y teniendo en cuenta las reclamaciones de los mismos consumidores.

Así, la determinación de los productos planeados no será arbitraria —porque se hará según las necesidades mismas— no será dictatorial porque se hará sobre la iniciativa de las comunas.

Los organismos centrales, a los que se transmitirán las demandas, tendrán la función de adaptarlas a las posibilidades de la producción, de coordinarlas y distribuir las entre las empresas productoras.

No se tratará, aquí también, nada más que de un papel de administración subalterno, estricto pero limitado.

El plan Orden Nuevo permite a la economía asegurar su función humana esencial sin atentar contra la libertad de las empresas ni contra la de los consumidores.

Es un tipo de institución de estado O. N.

EL SERVICIO CIVIL

El Servicio Civil es también una institución de estado, es decir una institución subalterna, destinada por una coacción parcial, a liberar al hombre de una opresión más grave.

Del trabajo

El análisis del trabajo por el método dicotómico lleva a distinguir entre el trabajo que comporta una parte de creación y de iniciativa personal (tal el del obrero especialista o del artesano) y el que exige siempre la repetición de los mismos gestos, tendiendo así a hacerse maquinal, automático y rutinario (tal el del obrero de cadena o el de mano de obra).

Esta segunda forma de trabajo está reservada a obreros proletarizados.

El obrero proletarizado

El obrero proletarizado es pues esencialmente un hombre condenado durante toda su vida a un trabajo indiferenciado que lo rebaja al rango de máquina o peor todavía, al rango de sirviente de la máquina.

Pierde así todo medio de interesarse por su profesión, todo medio de defenderse eficazmente, puesto que sabe que puede ser reemplazado de inmediato y sin ninguna dificultad por cualquier otro o por una nueva máquina.

No se trata pues de instituir una dictadura del proletariado, que confirmaría a los obreros proletarizados en su situación profesional inferior proporcionándoles simplemente la ventaja de delegar en una burocracia omnipotente su poder político, sino de suprimir la condición proletaria por la institución de un servicio civil.

Servicio Civil y progreso social

El Servicio Civil consiste esencialmente en levantar periódicamente un contingente de individuos extraídos del conjunto del cuerpo social para efectuar todas las tareas comportadas por el trabajo indiferenciado.

Como lo han probado diversos estudios estadísticos y una experiencia efectuada en el verano de 1935 en varias fábricas de París y Beauvais, este desempeño por individuos no especializados de tareas que no exigen ningún o casi ningún aprendizaje, es teóricamente posible y prácticamente realizable.

Así todos los miembros de la federación deberán, en un momento dado de su vida, efectuar un tiempo limitado de servicio civil, permitiendo a todos aquellos que sin esto hubieran sido esclavos de una función inhumana, vivir una existencia de hombres.

Servicio Civil y progreso técnico

El Servicio Civil cumplirá no sólo esta función de solidaridad humana, permitirá también el desenvolvimiento del progreso técnico, dificultado actualmente por el temor a la desocupación.

En el sistema actual, toda máquina nueva que entra en actividad provoca una disminución de empleo de obreros y constituye, por tanto humanamente hablando, un mal.

Con el Servicio Civil, toda máquina nueva que entre en actividad provocará una reducción de la duración del Servicio Civil y constituirá pues, humanamente hablando, un bien.

El Servicio Civil permite pues utilizar plenamente las invenciones técnicas eliminando sus consecuencias nefastas desde el punto de vista individual o desde el punto de vista social.

DE LA POLÍTICA EXTERIOR

Los pueblos tienen hoy sólo dos medios de relacionarse: los choques entre trusts industriales o financieros por una parte, designados con el nombre de paz, los choques entre ejércitos, designados con el nombre de guerra.

La finalidad de la política extranjera O. N. es:

1º Sustituir la solidaridad entre banqueros y trusts por una solidaridad entre los pueblos.

2º Precisar el papel del ejército que debe ser de defensa del territorio y no de invasión de los otros territorios.

Solidaridad internacional

La solidaridad internacional no puede ser perseguida a la manera de la S. D. N. en una solidaridad de los estados, siendo éstos por naturaleza y por definición agresivos.

La solidaridad internacional real consistirá en una lucha en común de los pueblos contra la miseria. Ella logrará asegurar a los miembros de la colectividad europea el *Minimum Vital Europeo*.

Del mismo modo que en el plano de la política interior, afianzando para todos la seguridad material por el otorgamiento del *minimum vital*, se libera a la persona del peligro de la miseria; — del mismo modo en el plano de la política exterior, afianzando para todos la seguridad material por el otorgamiento del *minimum vital europeo*, se libera a los pueblos del peligro de la guerra.

¿Qué es el Minimum Vital Europeo?

El *Minimum Vital Europeo* viene a ser así para cada hombre de Europa el derecho a la vida, para cada pueblo de Europa el derecho de la paz.

Lo mismo que dos hombres, cualesquiera que sean, se ponen siempre de acuerdo para comer, dos países, cualesquiera que sean, pueden entenderse siempre para asegurar su subsistencia.

El *Minimum Vital Europeo* consiste en establecer para los productos de primera necesidad un régimen de acuerdo económico tendiente a suprimir las barreras aduaneras y los beneficios capitalistas.

El capitalismo no extraerá más diezmo de los productos de primera necesidad, a riesgo de reducir así a los hombres a la miseria y a la muerte.

Los gobiernos no podrán utilizar más los productos de primera necesidad, proporcionados en abundancia por su país y de que están desprovistos los otros, como un medio de "chantage" y como argumento en favor de sus tendencias imperialistas.

Prácticamente, se tratará solamente de realizar entre los pueblos, para los productos de primera utilidad, un acuerdo análogo al que se rea-

liza entre trusts internacionales para los productos de primera "necidad", que son las industrias de guerra. Pero orientado a lo opuesto, es decir hacia la paz, no hacia la guerra.

DE LA DEFENSA DEL TERRITORIO

La defensa del territorio es una necesidad, tanto desde el punto de vista personal como desde el punto de vista social.

Un hombre libre no puede tolerar que su patria local sea invadida. Un pueblo no puede ejercer su misión espiritual si es esclavo de un imperialismo extranjero.

Pero la defensa del territorio no deberá hacerse en detrimento de las fuerzas de autonomía y de libertad cuando, al contrario, su misión es garantizarlas.

El ejército contra el militarismo

El militarismo no es solamente la predominancia del elemento militar sobre el elemento civil. Es sobre todo la centralización de todas las fuerzas locales del país, en beneficio de los elementos militares.

Estando *por el ejército contra el militarismo*, el Orden Nuevo considera que la movilización general, tal como es practicada o prevista actualmente, aplicándose no sólo a los elementos movilizables sino también a los elementos civiles del país, es de mediocre eficacia desde el punto de vista táctico y presenta un evidente peligro desde el punto de vista espiritual.

Admite como postulado que, siendo el ejército de tiempo de guerra un múltiplo exacto del ejército en tiempo de paz, basta movilizar nuevas clases para constituir nuevas unidades.

Supone también, para ser eficaz, no solamente una guerra larga sino también lenta en precipitarse, lo que es una eventualidad por lo menos dudosa.

Desde el punto de vista moral, la movilización presenta los inconvenientes siguientes:

1º Disminuye la fuerza de resistencia de una parte de los movilizados, llamados a combatir sobre un suelo que les es extraño.

2º Siendo a la vez instrumento de ofensiva y de defensa, dejará siempre subsistir una duda sobre la voluntad de no agresión de Francia.

3º Centralizando al extremo todas las fuerzas militares e industriales del país, aumenta el peligro de un estado totalitario, contrario a la tradición francesa.

De la movilización local, en régimen federalista

Consiste en armar en el lugar mismo, en posiciones reconocidas y organizadas durante la paz, a los elementos de cada comuna pertenecientes a los territorios amenazados.

Suprime la desproporción entre ejército de tiempo de paz y ejército de tiempo de guerra.

Es inmediata y adaptada a una guerra de precipitación rápida.

Es esencialmente defensiva.

Refuerza los patriotismos locales, remedios contra el etatismo.

Es suficientemente flexible para servir de apoyo, si fuera necesario, a servicios comunes y a unidades no locales, que podrían, por una táctica más amplia reforzar, en los lugares amenazados, a los centros locales de combate.

Postula evidentemente la existencia de un ejército profesional cuyo contralor y mecanización representan el medio técnico capaz de dar a la defensa comunal su unidad táctica y su plena eficacia.

DEL ESPIRITU REVOLUCIONARIO

Las instituciones *Orden Nuevo* no se confunden con el Orden Nuevo. Son la manifestación actual de necesidades humanas universales y permanentes que el Orden Nuevo quiere expresar en todas partes y en todo tiempo.

El Orden Nuevo movimiento personalista, reconoce como una de las primeras exigencias de la persona humana, el tener que levantarse perpetuamente contra las instituciones que la sirven pero que entrañan el riesgo de oprimirla.

La traición de la mayor parte de los movimientos revolucionarios (Revolución Francesa traicionada por el Imperio, Revolución Soviética traicionada por Stalin) ha sido realizada el día en que las instituciones surgidas de la revolución, han dominado el verdadero espíritu revolucionario — en que el poder ha dominado a la autoridad.

Autoridad y poder

En los estados modernos, autoridad y poder se encuentran confundidos en un mismo organismo central, llamado gobierno.

Autoridad y poder son sin embargo muy diferentes. El poder es lo propio de las instituciones, la autoridad es lo propio de los hombres; el poder no es nunca más que un instrumento creado por la autoridad y que debe estar sometido a ella. El poder es de orden material, la autoridad de orden espiritual.

La confusión entre autoridad y poder expone a la confusión del espíritu revolucionario. Ella explica la impotencia de los dirigentes para gobernar, quienes, absorbidos por todas las preocupaciones cotidianas del poder, carecen de la distancia y del tiempo necesario para ejercer su autoridad.

La distinción entre autoridad y poder corresponde, en el plano del gobierno, a la distinción dicotómica entre fuerzas de rutina y fuerzas de

creación. Esencialmente verdadera, esta distinción debe manifestarse de una manera fundamental por la existencia de células Orden Nuevo, independientes de las instituciones.

Células Orden Nuevo

La existencia de células Orden Nuevo constituye, mucho más que las instituciones, el signo y la garantía de la Revolución.

Sin relación funcional alguna con ningún organismo de estado, de administración central o hasta local, efectúan en cada comunidad (comuna, empresa...) la toma de conciencia revolucionaria. Están hechas de iniciativas personales. Agrupan a las personas cuya lucidez y moralidad las hacen capaces de servir de guía espiritual en el ambiente en que se han reunido.

Agrupan, en una palabra, a los que aceptan comprometerse personalmente.

Sin estatuto orgánico, sin privilegios de ninguna clase, sin signo distintivo aparente, las células Orden Nuevo no pueden y no deben actuar más que por su propia autoridad. La autoridad, a diferencia del poder, no puede definirse ni reglamentarse: la autoridad se ejerce. Su influencia existe o no existe; pero no es susceptible de extraviarse o cristalizarse como el poder, cuyos desfallecimientos o excesos tienen por función denunciar.

Consejo Supremo

La acción de las células Orden Nuevo está reforzada por la existencia del Consejo Supremo.

Este tiene, en el centro de la Federación Orden Nuevo, el mismo papel de iniciativa y de contralor que cada célula Orden Nuevo tiene en su comunidad particular.

Lo mismo que por su influencia las células Orden Nuevo pueden y deben impedir en cada caso particular los excesos del poder, el Consejo Supremo tiene dos funciones principales para ejercer su influencia:

Primeramente impedir los excesos del poder central, en todos los casos en que afecten al conjunto de la federación.

Además, en los casos de conflictos locales no resueltos entre personas y células por una parte, instituciones por otra, servir de organismo de apelación inmediato y soberano.

El Consejo Supremo, que surge de la Revolución, está compuesto primitivamente por los hombres que la han realizado. Se forma después por cooptación.

Sin estatuto orgánico, sin privilegios de ninguna clase, sin signo distintivo aparente, el Consejo Supremo no puede y no debe actuar más que por su propia autoridad.

Los medios por los cuales esta autoridad puede influir de manera más precisa sobre el conjunto de la federación, deben ser reducidos al mínimo y cuidadosamente definidos.

Consisten esencialmente en tres:

—Nombramiento de una parte de los miembros de los organismos de estado encargados de coordinar la vida administrativa y económica del país.

—Arbitraje, por una apelación directa y soberana, de todos los conflictos concernientes a problemas personales y humanos.

—Fijar y mantener al día el estatuto de la persona indicando en particular las garantías de las libertades esenciales.

Pero se trata aquí solamente de medios para manifestar la autoridad y no para imponerla.

El Consejo Supremo debe estar, en efecto, desprovisto de todo medio de coacción directa. Su autoridad existe o no existe: no puede transformarse o cuajar en poder. Esta autoridad la adquiere del libre respeto de las células revolucionarias: si éste le falta, su existencia cesa.

Revolución permanente

Todo hombre nace revolucionario, por el hecho de que para vivir y desarrollarse, debe primeramente adquirir o crearse rutinas (educación, instrucción, experiencia...), y después dominarlas a fin de afirmar por sí mismo su propia personalidad. Esta lucha perpetua del hombre contra los cuadros de su espíritu o contra los cuadros sociales, este sentido íntimo del esfuerzo no puede cesar sin provocar la letargia o la muerte.

Como la revolución, en el sentido *Orden Nuevo* de la palabra, no es una actividad política excepcional sino una función normal de todo ser humano, que se efectúa en muchos otros dominios además de la política, es natural que la revolución no sea un episodio fortuito sino una realidad incesante.

Las instituciones Orden Nuevo, subordinando el estado al hombre, distinguiendo entre autoridad y poder, previendo modos de asociaciones personales o comunitarias que salvaguardan la libertad, no tienen otra intención ni otra finalidad que adaptar la vida pública a las normas de la vida personal — permitir a las sociedades como a los hombres evitar la anquilosis de las dictaduras o de las rutinas haciendo posible y normal la revolución permanente.

(De la Revista *L'Ordre Nouveau* N° de Octubre de 1936).

Tradujo: Julio Paladino

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CARLOS SABAT ERCASTY. — *SINFONIA DEL RIO URUGUAY. (POEMAS DEL HOMBRE)*. — Montevideo, 1937. — El Poeta, en plena madurez de su genio, cuando serenas coronas de nieve encumbran su presencia, ha sido invitado a participar en una excursión científica al Río de los Pájaros. Viaje ideal, ensueño de partida; para la nave que enfila su intención, este río es juego inagotable de paralelos y sugerencias, constituye el vivo nervio cuya excitación abre las puertas de la apasionada meditación, preside la fiesta de las creaciones y anima el goce en las corporizaciones vitales de los más íntimos sondeos. El río es un pretexto y el río es una realidad; su lontananza es el mismo rojo corazón del poeta a cuyo encuentro lanza con voluntariosa alegría la proa de su esquife. La partida culmina su gráfica en ansiedad dichosa, la expectativa no comulga con la reflexión, y, en el crecido desborde del instante inicial no se admiten respuestas, "se han despedazado todas las preguntas". Sin embargo, corre bajo la expresión del delirio augural una contenida vena de cristales antiguos: toda partida nace de la angustia, todo viaje es un levantado clamor hacia el destino.

"Una alegría inmortal, barrenando la incredulidad con el vértigo, alzando la zarpa entre los bosques enloquecidos, puesta contra la corriente sobre las aguas inmortales, barrenando furiosamente las tinieblas de los destinos, en este instante, Hombres, en que el mundo se derrumba, barrenando las cenizas con el ansia de las resurrecciones... Ah, una alegría de partir, de poner la proa divinamente luminosa en una ruta sublime a fuerza de esperanzas y peligros! ¡Imaginadlos hasta dónde queráis, hasta dónde podáis! Una alegría!... Así el viajero ha ocupado su sitio en la nave."

En sostenido vuelo lírico ha llegado el poeta a una isla profunda de la tierra y la noche. Impregnación de soledad. En la sombra, en el apogeo de las innominadas corrientes que apresuran las horas o inmovi-

lizan el curso del tiempo, y nos rozan, unas veces con delicioso estímulo, otras con aniquilador anonadamiento, ésta, nuestra isla de carne, totalizada como una raíz de lejanísima floración, íntegra y sangrante como espantoso muñón, agujerea sin piedad sus cristales humanos para que el jugo más íntimo halle, por las órbitas martirizadas, el camino de la integración absoluta. Si ésta fuera posible; porque de este instante el estupor y la expectación escancian, vinateros de angustia, la mortal negación, el irreductible empecinamiento por una afirmación. Mágica viña de diversa vendimia, Baco sonríe mientras Puck trueca los incitantes racimos en graves decorados funerarios. Del infinito misterio la razón extrae despreciables formulaciones, cede en su retroceso al aumento geométrico del ritmo vital desbordado en su ansia por vencer ese eco de campanas sin campana, que está midiendo el tiempo de la desgracia y la duda. Pleamar de soledad y sangre en pugna. En el último instante, en el más congelado aislamiento, cuando hasta la última fibra se ha hecho ausencia, la propia impavidez del dolor quiebra los últimos límites y el ser se vuelca en el torrente dienisíaco de la tragedia. ¡Universalidad del espanto! ¿Quién osará oponerle su frente como dique? ¿Quién soñará el vuelo de palomas, y, aunque lo intentara, quién se atrevería a develar su mensaje? La apoteosis de la nada desmaya la tierra sobre la tierra, en ese estrechamiento que tiene lo entrañable de lo idéntico y lo opuesto; cuando se apura hasta el último horror del espanto, el oído sensible, bebiendo la música que hace ascender la savia, adquiere la evidencia de la fraternidad cósmica en el espanto. Un Eros negro abate el muro donde el viento desmenuzaba cenizas.

En la orilla del río, el amor y la voluntad poética engendran el dardo que herirá a la esfinge. Ahora, el hombre es un doloroso arco, tenso por la fe en las adorables apariencias que están aguardando el necesario conjuro para revelarse triunfalmente, dominadoras del caos de dentro y del caos de fuera. Las primeras líneas del canto estremecen de apresuramiento un ala pequeña, pero el avance en crecimiento arrollador, esplendiendo orgullo, señala el rumbo de la inmensa aventura. "El canto es la victoria del mundo interior sobre todos los infinitos." Maravillados asistimos al desafío titánico; en la concitación augural invoca el poeta a cada uno de los seres y de las cosas que vendrán en esta sinfonía, a decir su canción. Sobre lentas procesiones sonámbulas fulgura el canto en llamas: "Lo que ha penetrado en el Verbo no muere jamás".

Afirmación del Destino, confianza que llega a la locura, la recobra mirada antigua del Poeta, engendra el parto de la luz. Por influjo del milagro celeste una atmósfera vital circunda el astro, crecen en miriádico espejismo, los horizontes del hombre. Fuga total de las sombras, el ser irradia deseo y potencia en medio de los espacios incendiados. En la mañana, Apolo ordena los arquetipos; la Voluntad magistralmente metaforizada en la preta, constituye el motivo del himno. Un soplo

de primitiva alegría robustece con su perfume natural, impetuoso y violento, la faena divina. A la pasión con que lo hiere la nave, contesta el río con el gotear irisado, la risa de la espuma y la dulzura del surco. En vital crecimiento de la imagen, ve el Poeta al espacio total como un gran surco donde germinan las voluntades astros, rotundas con sus velámenes de eternidad. Se funden en este instante delicioso en que la actividad y el esfuerzo van en creciente impulsión integrando una ruta, la frescura de las primicias y la anunciación de la madurez meridiana, mientras un interminable raptó de logradas palomas por el urgido dardo del exacto demiurgo, acrece la potencia del canto. "Ningún destino más bello que mantener la ruta de los grandes sueños mientras el huracán y la muerte arañan los costados de la nave."

"En un tiempo que parece soñado". En la vorágine de la inmovilidad, presciencia arrebatadora. El instante máximo de la contemplación está coronado por la loca danza vital con que se desintegra para "la fiesta de la participación", el hombre de la tierra. El pensamiento como crítica ha sido abandonado, el delirio culmina en la formulación mística de las triunfantes revelaciones conquistadas por los sentidos, radiantes argonautas, únicos posibles en la ebriedad de la plena comunión.

¡Círculo de la posesión! Los activos enjambres melifican las simples palabras de la carne hasta hacer subir por ellas la voz de la victoria sobre las esfinges. En apasionado retorno de conciencia, la memoria yergue todas las formas de la vida. Ya no hay separación, el universo es una inmensa frente, donde vibra el polvo, arden y llamean los metales, levantaba en la luz de la suprema afirmación, urgida por la revelación de tanta energía.

Por la naturaleza violentamente sentida, llega el poeta al centro de la corola de donde las energías parten hacia el sueño de las formas y hacia donde se encaminan en callado retorno, los ángeles de la forma.

El espectáculo de la vida recreándose a sí misma, arranca un magnífico desborde lírico. La música eleva la alegoría, la profusa enumeración es caricia sobre las cosas, lo que es decir en su estética: conocimiento.

"Era la atracción amorosa, la fuerza que sustentaba el cosmos entero. Del latido del amor emanaban las olas acordes y discordes que estremecían en vibraciones incesantes las distancias poderosas y los breves puntos de vida donde arden las llamas invisibles. Así como el río que te acaricia, oh joven de la isla, fluye sin descanso y siempre es nuevo y distinto en su propio fluir, así cada ser, y todos los seres y el ser infinito avanzan en la ola de las creaciones en un tránsito incontenible. Todo está en la vida del universo renovándose en su forma y en su esencia. Las ideas más puras y más altas vuelan hacia inesperadas superaciones. La creación se piensa a sí misma como en un esfuerzo gigantesco,

puesto el destino de la materia en el arco de su propia inteligencia y arrojándose hacia el infinito de la perfección, cuyos divinos arquetipos crecen y transitan más alto cada ciclo por el mismo movimiento que impulsa las alas desesperadas de la vida."

Sobre la vida inmortal, las cosas, los seres y los sueños de éstos son fugas perennemente reveladas.

Trascendido de sublime alegría, el Poeta recoge el fruto de la realidad absorbida; la sensación intensa de fraternidad humana se desposa en su verbo con la clara noción doctrinaria del canto, mientras, bajo su mirada profética, vienen a agruparse las construcciones de tiempos aún no llegados.

El canto pide al corazón del hombre, que como sobre una fragua, tienda su sed de belleza hacia el porvenir, desde la hora enrojecida del presente cuyo dolor es preciso no ignorar ni esquivar.

Es preciso purificarse, dar la espalda al pesimismo y sobre las mismas llagas maceradas encender la simiente del verdadero destino.

El universo de la voluntad procura su altísima afirmación en el hombre, vértice de la creación por su capacidad de idea.

Sublimado por la posesión de la llama sacra el profeta se curva hacia las venideras edades para afirmar la esperanza, vital al sostenimiento de lo humano.

La catarsis ha cerrado su círculo, la anunciación es repetida por coros de ciudades que yerguen sus músicas desde lejanas orillas del tiempo.

Las fuerzas que encrespan la naturaleza americana recogen con hambre y celeste sed la misión de sustentar ese futuro.

La predestinada estirpe brotará del sueño de la tierra al conjuro del *Fiat* amorosamente transmitido por los aislados faros que bebieron la sombra y la trasmutaron en luz, y quebrando el curso del tiempo hacia la desgracia, divinos flecheros, lo lanzaron hacia los orígenes, en procura de un cauce más exacto.

El sol se ha llevado la tarde, el río guarda sus imágenes, rumorea otra vez en la isla un aura interrogante. Sube nuevamente la soledad, pero ahora en milagro, sin angustia, asciende en la medida de un tiempo mortal, en el ámbito de una historia; pero el corazón llameante de luz y de forma, desafía a la tiniebla, va en su busca, gravitando hacia la tierra en mentida apariencia de osario y cenizas, en vuelo de segura simiente. Ardor de estrella en el pecho del astro!, a influjo de su luz se reconoce el palpitar del ritmo vital. Amanece, el hombre se abraza a su esperanza, a su única posible esperanza!: "es preciso no preguntar demasiado cuando el corazón tiene sed". Y en este filo crucial lo sostendrá, doloroso, magnífico de titanismo, la consigna: "Cread como si la eternidad y la vida fuesen un abrazo".

Celia Mieres

Ensayos

Julio-Setiembre de 1937

Ensayos
PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRADOR:
FRANCISCO CAÁL - Calle Zabala, 1376
Teléfono: 8 21 78 - Montevideo

Director: *Eugenio Petit Muñoz*
Secretario de Redacción: *Alicia Goyena*

Consejo de redacción:

Juan P. Beltramo
Carlos Benvenuto
Clemente Estable
Carlos A. Etchecopar
Hugo Fernández Artucio
Celestino Galli
Gustavo Gallinal
Luis E. Gil Salguero
Héctor González Areosa
Antonio M. Grompone
Gervasio Guillot Muñoz
Roberto Ibáñez
Rafael Laguardia
Alfonso Llambías de Azevedo
Lincoln Machado Ríbas
Emilio Oribe
Carlos Sabat Ercasty
Emilio Zum Felde

Corresponsales en el exterior:

Buenos Aires: Francisco Romero
Angel Vassallo
Sao Paulo: Gervasio Furest Muñoz
Santiago de Chile: Humberto Díaz Casanueva
Caracas: Salvador Fuentes Vega
California: William Berrien
Paris: Luis Ollivier
Madrid: Helios Armando Vasseur

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

(DESDE EL N.º 13 INCLUSIVE)

Número suelto.	\$ 0.60
Suscripción mensual	" 0.50
" trimestral	" 1.50
" semestral.	" 3.00
" anual	" 6.00